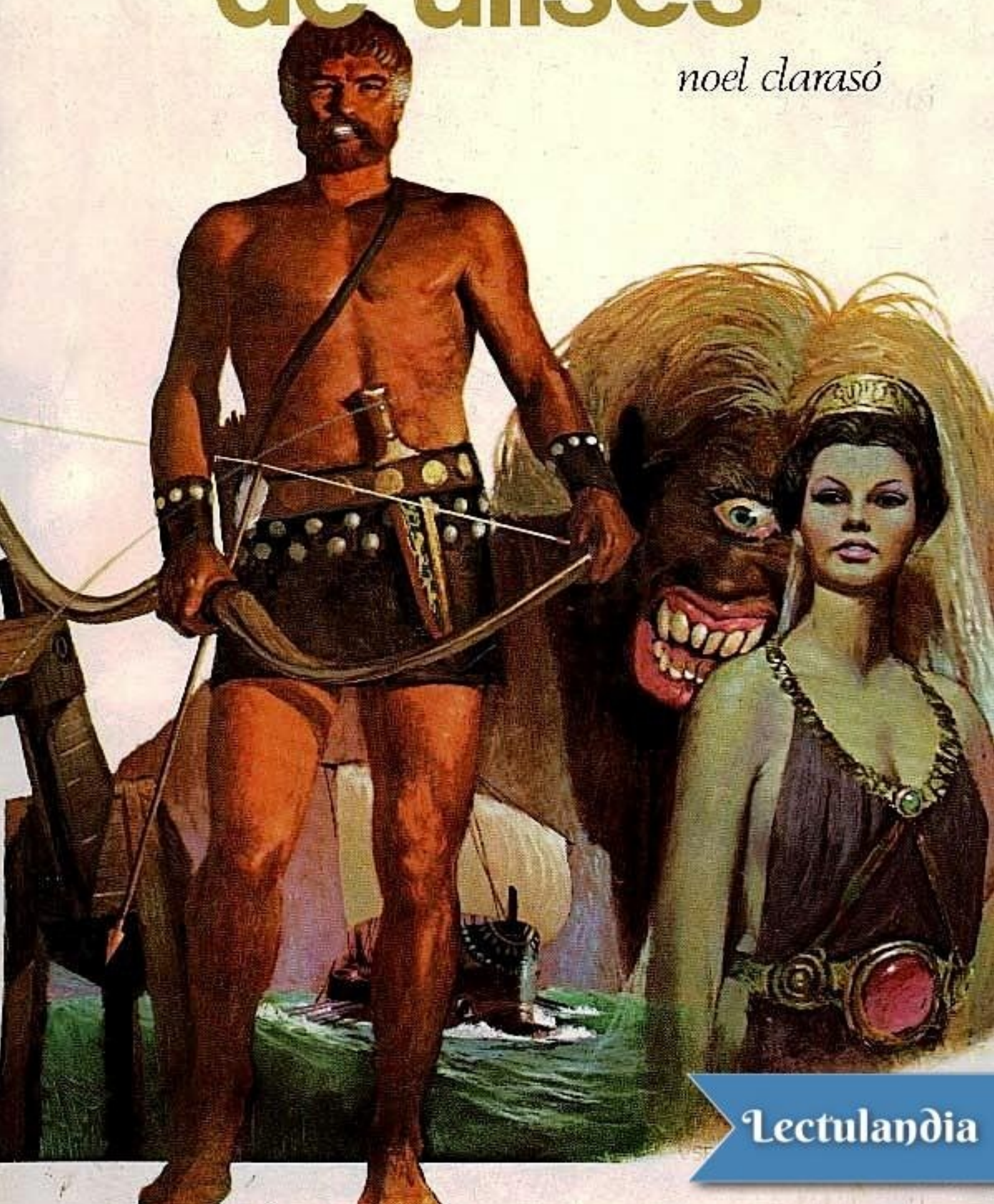


las aventuras de ulises

noel clarasó



Lectulandia

Ulises es uno de los héroes más populares de la antigua Grecia, consagrado definitivamente por Homero, que le dedica todo un largo poema, *La Odisea*. El poema se llama así porque el verdadero nombre griego de Ulises es *Odisseus*, con el cual pasó al latín como Ulixes, y de aquí Ulises.

En *La Ilíada* se narra la participación de Ulises en la guerra de Troya. En *La Odisea*, que es una de las más bellas novelas de aventuras, se cuentan las peripecias del largo viaje de Ulises por mar, después de la guerra, hasta regresar a su patria. Es así como toda la gran aventura de Ulises, héroe legendario griego, se explica en los dos poemas homéricos.

Lectulandia

Noel Clarasó

Las aventuras de Ulises

ePub r1.0

Cervera 26.11.2017

Noel Clarasó, 1973
Cubierta e ilustraciones interiores: Vicente Segrelles

Editor digital: Cervera
Editor original: Epicureum
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

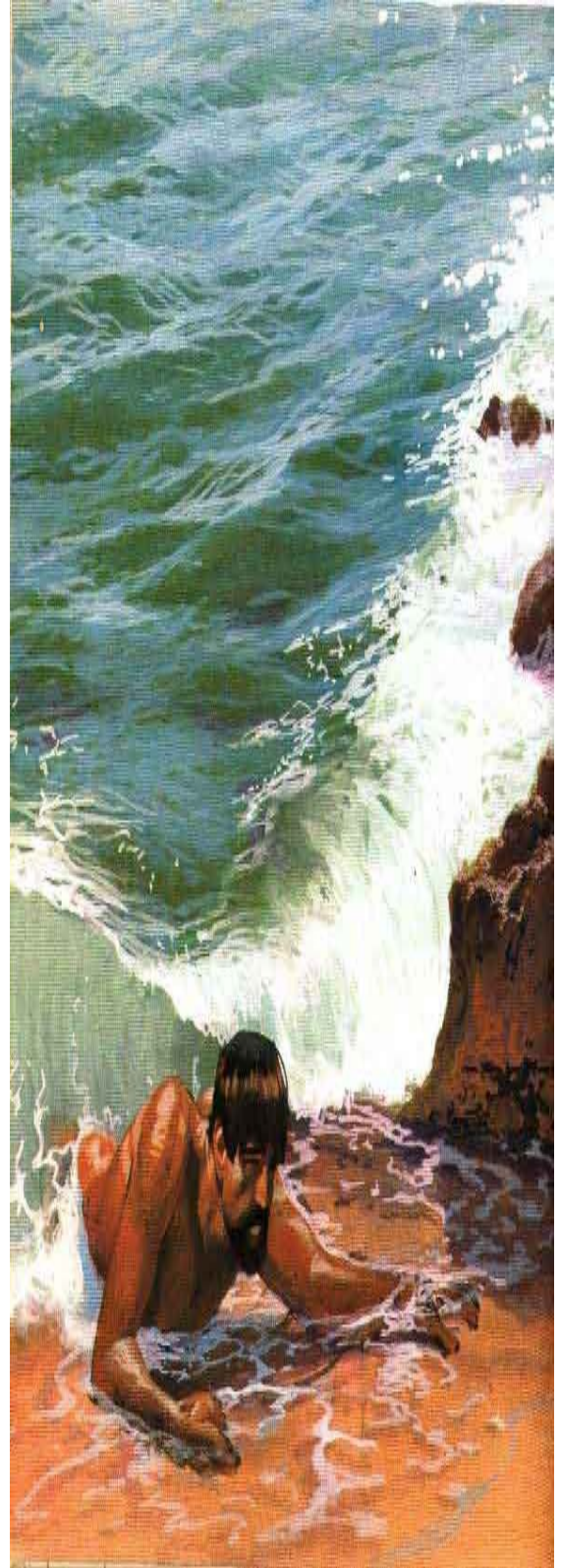
Ulises es uno de los héroes más populares de la antigua Grecia, consagrado definitivamente por Homero, que le dedica todo un largo poema, *La Odisea*. El poema se llama así porque el verdadero nombre griego de Ulises es *Odisseus*, con el cual pasó al latín como Ulixes, y de aquí Ulises.

Ulises es hijo de Laertes, rey de Ítaca, y de Anticlea. Y ya en vida de su padre es coronado rey de la isla. Ulises es el tipo del héroe dotado de una fuerza física que le hace superior a casi todos sus contemporáneos, y es además un hombre prudente y astuto, buen hijo, buen padre y excelente esposo.

Euritos, rey de otra isla, era un arquero consumado. Poseía el arco más poderoso de la Tierra, regalo de Apolo, y cedió aquel arco a Ulises, por ser el único muchacho con fuerza suficiente para manejarlo. Éste es el origen del famoso arco de Ulises.

En *La Ilíada* se narra la participación de Ulises en la guerra de Troya. En *La Odisea*, que es una de las más bellas novelas de aventuras, se cuentan las peripecias del largo viaje de Ulises por mar, después de la guerra, hasta regresar a su patria. Es así como toda la gran aventura de Ulises, héroe legendario griego, se explica en los dos poemas homéricos.

DE ÍTACA A TROYA



I

Helena y Paris

Helena, esposa de Menelao rey de Esparta, fue la mujer más agraciada de la Tierra. Era hermana de Clitemnestra, esposa de Agamenón, otro rey griego, hermano de Menelao.

Príamo era entonces rey de Troya, un país ahora desaparecido, situado en Asia Menor y separado de Grecia por el mar Egeo. Príamo estaba casado con Hécuba y el matrimonio tenía muchos hijos entre varones y hembras. Los más famosos eran Héctor y Paris, héroes ambos de la guerra contra los griegos, que acabó con la destrucción de Troya.

Tiempo atrás, una hermana de Príamo, llamada Hesione, había sido hecha prisionera por Hércules y llevada a Esparta. En esta ciudad, Hesione se casó con Talamón, príncipe de Salamina.

Príamo no se consolaba de la ausencia de Hesione, y propuso a su hijo Paris que fuese a verla para tener noticias de ella. Le dio buen acompañamiento de guerreros y una flota, y con ello la primera ocasión de conocer el mundo y correr aventuras.

En alta mar, las naves troyanas se cruzaron con una flota de naves griegas, en una de las cuales ondeaba la insignia real. Era la nave de Menelao, rey de Esparta, que se dirigía a la isla de Pilos.

Menelao y Paris no se habían visto nunca y por tanto no se conocían. Los dos preguntaron a sus vigías de quién eran las naves tan bien armadas que se veían pasar tan cerca.

—Son las naves de Menelao, rey de Esparta —dijo el vigía de Paris.

—Son las naves de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya —dijo el vigía de Menelao.

Y las dos flotas siguieron su camino, sin que ninguno de los dos capitanes sospechara que no tardarían en ser adversarios.

Paris desembarcó con su séquito en la isla de Citerea y allí preparó su primera y única visita a la tierra griega.

En Esparta, en ausencia de Menelao, cuidaba del gobierno Helena, su esposa. Menelao y Helena tenían una hija, muy niña aún, llamada Hermione. A Helena le llegaron noticias del desembarco en Citerea de una flota troyana conducida por un hijo del rey Príamo. Helena era curiosa y quiso conocer a aquel príncipe relativamente vecino. Dejó la niña al cuidado de sus nodrizas y organizó una expedición a Citerea, acompañada de un séquito de doncellas de honor. Dio como excusa que iba a hacer un sacrificio a Artemis, en el templo que la diosa tenía en la isla.

Paris estuvo también en el templo a ofrecer un sacrificio a la divinidad. Y Helena llegó en el preciso momento en que salía Paris. Quedaron los dos muy sorprendidos al verse y se detuvieron uno frente al otro, contemplándose en silencio. Ambos tuvieron la impresión de que se conocían de hace mucho tiempo. Era como un presagio de un futuro no lejano. Quizás intuyeran ambos que pronto surgiría entre ellos una mutua simpatía.

En aquel primer encuentro no se cruzó ninguna palabra entre los dos. Después de conocer a Paris, Helena embarcó en su nave y regresó a Esparta.

Enterado ya de que aquella mujer era la reina de Esparta, Paris precipitó el viaje y, olvidado totalmente de su tía Hesione, pidió audiencia a la reina. Se desconoce el diálogo que sostuvieron en aquella primera entrevista. Helena devolvió la visita a Paris en la nave capitana, y entre ambos jóvenes se intercambiaron regalos de valor.

Mientras Helena y Paris se contemplaban con afecto y simpatía, la nave se hizo a la mar con todas las velas desplegadas. Soplaban un viento favorable y la nave se alejó rápidamente.

Y así fue como Helena fue hecha prisionera y llevada a Troya. Quizá Paris quiso demostrar con ello a su padre Príamo que era capaz de llevar a cabo una acción audaz. Una reina prisionera podía valer mucho en el caso de exigir el regreso de su tía Hesione.

Cuando las naves de Paris se encontraban en alta mar con su precioso botín, una ola gigantesca se rompió en dos frente a la proa y los dos bloques de agua dejaron la nave aprisionada. Y entonces emergió de las aguas la cabeza de Nereo, viejo dios marino, coronada de algas y de espuma. Y Nereo lanzó una fatídica predicción contra Paris. Gritó:

—¡Aves de mal agüero preceden tu viaje! Los griegos, armados hasta los dientes, se lanzarán sobre Troya para recuperar a su reina, y la ciudad será destruida. Veo un tropel de corceles y un ejército de héroes. Tu osadía causará grandes males al pueblo troyano. Los dioses acudirán en auxilio de los griegos, puesto que su causa es justa. La guerra durará años; pero cuando se cumpla el plazo, vuestro reino será destruido, vuestras mujeres serán hechas prisioneras y de vuestras casas y palacios sólo quedarán montones de ceniza.

Ésta fue la profecía del anciano del mar antes de volver a sumergirse. Paris la escuchó aterrorizado. Pero tan pronto como volvió a levantarse un viento favorable, olvidó la predicción, y echó anclas en la isla de Crane. Y transcurrió mucho tiempo antes de que Paris y Helena embarcaran otra vez, rumbo a Troya.



II

Ulises empieza a cumplir su misión

Menelao regresó a Esparta y se enteró de que su mujer había desaparecido. Supo que el culpable había sido el troyano Paris y montó en justa cólera. Lo primero que hizo fue pedir consejo a su hermano Agamenón que reinaba en Micenas, junto con su esposa Clitemnestra, hermana de Helena.

Agamenón ya estaba enterado de lo ocurrido y entre los dos hermanos decidieron prepararse para hacer la guerra a los troyanos y recuperar como fuese a la reina Helena, si es que éstos se negaban a entregarla pacíficamente.

Agamenón y Menelao eran ambos buenos guerreros. Otros valientes guerreros griegos con los que se podía contar siempre eran Aquiles, Ulises, Patroclo, Ajax, Diomedes, Palamedes, Filoctetes y los dos hermanos gemelos y hermanos de Helena, Cástor y Pólux.

Los atridas, nombre que se daba a los dos hermanos Agamenón y Menelao por ser hijos de Atreo, pertenecían a una estirpe, cuya leyenda ha servido de tema a la mayoría de los clásicos griegos y a muchos otros autores posteriores. Los dos hermanos empezaron por obtener la colaboración de Ulises, que era uno de los guerreros más fuertes, famoso por su prudencia y astucia, por lo muy entendido que era en todo y porque estaba en posesión del famoso arco cuyos disparos acertaban a dar siempre en la diana.

El propio Menelao, acompañado de Palamedes, se encargó de visitar a Ulises en la isla de Ítaca, que es una de las islas jónicas y está separada por un estrecho de la de Cefalonia. A Ulises le habían llegado ya noticias de lo ocurrido con Helena y suponía que Menelao le pediría ayuda contra los troyanos. Llevaba entonces poco tiempo casado con Penélope, otra de las mujeres más agraciadas de aquellos tiempos. El único hijo del matrimonio, Telémaco, era un niño de pocos meses, y Ulises se había hecho el propósito de no abandonar a los suyos, alejándose de su isla. Para conseguir que le dejaran en paz se fingió loco. Y así, cuando vio llegar a Menelao y Palamedes, ató un buey y un asno al arado y con tan desigual yunta se puso a labrar su campo en surcos desiguales. Y en vez de echar semillas, echaba sal en los surcos.



Palamedes comprendió la estratagema del astuto Ulises y usó otra para desenmascararle. Entró secretamente en el palacio de Ulises, sacó de la cuna al niño Telémaco y lo puso en el camino del surco que iba a trazar el arado. Al ver el niño sobre la tierra, Ulises se detuvo, le levantó cuidadosamente y le depositó en otro sitio donde no pudiera hacerle daño. Con este cuidado demostró que estaba en su sano juicio, y ya no pudo negarse a tomar parte en la expedición contra los troyanos. Dio su palabra de concurrir con doce barcos y sus tripulaciones completas, formadas por guerreros de Ítaca y de las islas vecinas. Pero en su corazón quedó una sombra de reproche contra Palamedes por haberle obligado a abandonar a la joven esposa y al hijo.

Otro guerrero, cuya colaboración se consideró indispensable, fue Aquiles, destinado por los dioses a ser uno de los héroes principales de la guerra de Troya. Aquiles era hijo de la nereida Tetis. Y a poco de nacer, Tetis, para hacerle invulnerable, le sumergió en la laguna Estigia, cuyas aguas daban la inmortalidad. Pero al sumergirle le mantuvo por el talón del pie izquierdo, y así todo el cuerpo de Aquiles quedó invulnerable, menos el talón izquierdo, que no llegó a mojarse.

Aquiles tuvo desde la infancia, como amigo íntimo, a Patroclo, que participó también en la guerra de Troya.

Un oráculo predijo que si había guerra entre griegos y troyanos, Troya no sería jamás vencida si Aquiles no participaba en la contienda, y que el héroe hallaría la muerte en la lucha. Tetis, la madre de Aquiles, para evitar la muerte de su hijo, le

llevó a la isla de Scyros y le confió al rey Licomedes. Ulises descubrió el escondite de Aquiles y fue a buscarle junto con Diomedes. El rey de la isla les dejó entrar en la habitación donde había otros jóvenes de su edad, y ni Ulises ni Diomedes consiguieron identificar a Aquiles. Hasta que el astuto Ulises ideó una estratagema. Mandó que pusieran en la habitación un escudo y una lanza. Hizo sonar después el clarín de guerra anunciando la presencia de un ejército enemigo. Todos huyeron acobardados al oír el clarín. Aquiles quedó solo, empuñó la lanza y se cubrió con el escudo. Y Ulises, al verle, le gritó:

—¡Tú eres Aquiles!

Aquiles tuvo que darse a conocer y prometió su ayuda a Menelao y la participación de su amigo Patroclo. Se comprometió a acudir con cincuenta barcos tripulados por guerreros, todos dispuestos a luchar por la victoria.

Ya organizado el ejército, los griegos mandaron embajadores a Príamo, rey de Troya. Los embajadores eran el mismo Menelao, Ulises y Palamedes. Príamo les recibió con todos los honores. Menelao había decidido que Palamedes tomara la palabra ante el rey de Troya. Ulises se opuso, pero al fin se sometió a la voluntad de Menelao.

Palamedes habló a Príamo en términos severos. Le dijo:

—¡Rey de los troyanos! No venimos aún en son de guerra, pero tampoco en son de paz. Nuestra reina Helena ha sido hecha prisionera por tu hijo Paris. Si no la entregáis en seguida, caeremos sobre vosotros y esto significará para tu pueblo la ruina y la desolación.

Príamo quedó muy sorprendido, pues Paris no había regresado aún a Troya y nada se sabía allí de Helena. Príamo, al ver a los embajadores griegos, creyó que iban a hablarle de la devolución de su hermana Hesione. Y así les contestó:

—Nada sé de esto. Mandé a mi hijo Paris a Esparta a reclamar la devolución de mi hermana Hesione. Pensé, al veros, que veníais a devolvérmela.

Palamedes le dijo que Paris, en Esparta, ni tan siquiera había reclamado a Hesione. Que lo único que hizo fue hacer prisionera a Helena, esposa de Menelao, con lo cual había ofendido gravemente a toda la nación griega, que exigía una justa reparación.

El tono de Palamedes molestó a Príamo, y, ya enfadado, gritó:

—Si esto es verdad, no os devolveré a vuestra reina mientras no haya recuperado a mi hermana.

Y Palamedes, con arrogancia, le contestó:

—De lo de tu hermana hace ya tantos años que incluso un hijo de ella se ha sumado a los guerreros griegos que te combatirán.

Cuando los embajadores griegos salían del palacio de Príamo sin haber llegado a un acuerdo, el pueblo intentó lanzarse contra ellos. Y el troyano Antenor les protegió, les llevó a su casa y les atendió como a huéspedes forasteros. Y entretanto, Paris y Helena llegaban a Troya.

La flota griega estaba anclada en la isla de Grisa. Allí una serpiente mordió a Filoctetes en el pie y nadie supo curarle la herida, que se le infectó y despedía un olor fétido, difícil de soportar. Ulises al pasar frente a la isla de Lemnos mandó echar las anclas y, aprovechando que Filoctetes estaba dormido, dio orden que le desembarcaran y le abandonaran en la isla. Y allí le dejaron solo, junto a la boca de una cueva, con su arco invencible que nunca fallaba el tiro, con algo de ropa y con alimento para algunos días. Ulises, cuando le reprochaban su conducta con Filoctetes, decía:

—Si los dioses no han decretado su muerte, viviré. Si han decretado que muera, todo sería inútil.

Las naves griegas llegaron a la costa de Troya y allí establecieron un campamento, en la proximidad del mar. Entre el campamento de los griegos y la ciudad de Troya quedaba una gran extensión de praderas verdes, en una inmensa llanura. Cuatro horas se necesitaban para cruzar, desde el campamento griego hasta los muros de Troya, aquella extensión verde que había de convertirse en campo de batalla.

Palamedes era uno de los más inteligentes guerreros griegos y el dotado de mayor elocuencia. Pero Ulises no olvidaba que le hubiese hecho abandonar esposa e hijo, y pensó una estratagema. Escondió en la tienda de Palamedes una bolsa con oro. Y puso una carta, fingidamente de Príamo, entre la ropa de un espía troyano prisionero. Encontró la carta, como es de suponer, y exhibió después el documento ante la asamblea de príncipes griegos. Mandaron registrar la tienda de Palamedes y allí encontraron el oro escondido. Y Palamedes fue expulsado del campamento troyano. Palamedes sabía que la condena era injusta y no se defendió. No quería acusar a Ulises, de quien tanto dependía la victoria final.

Por su conducta con Palamedes, Ulises se atrajo la cólera de los dioses. Y, víctima de esta cólera, no pudo regresar a su patria hasta veinte años después de empezada la guerra de Troya.

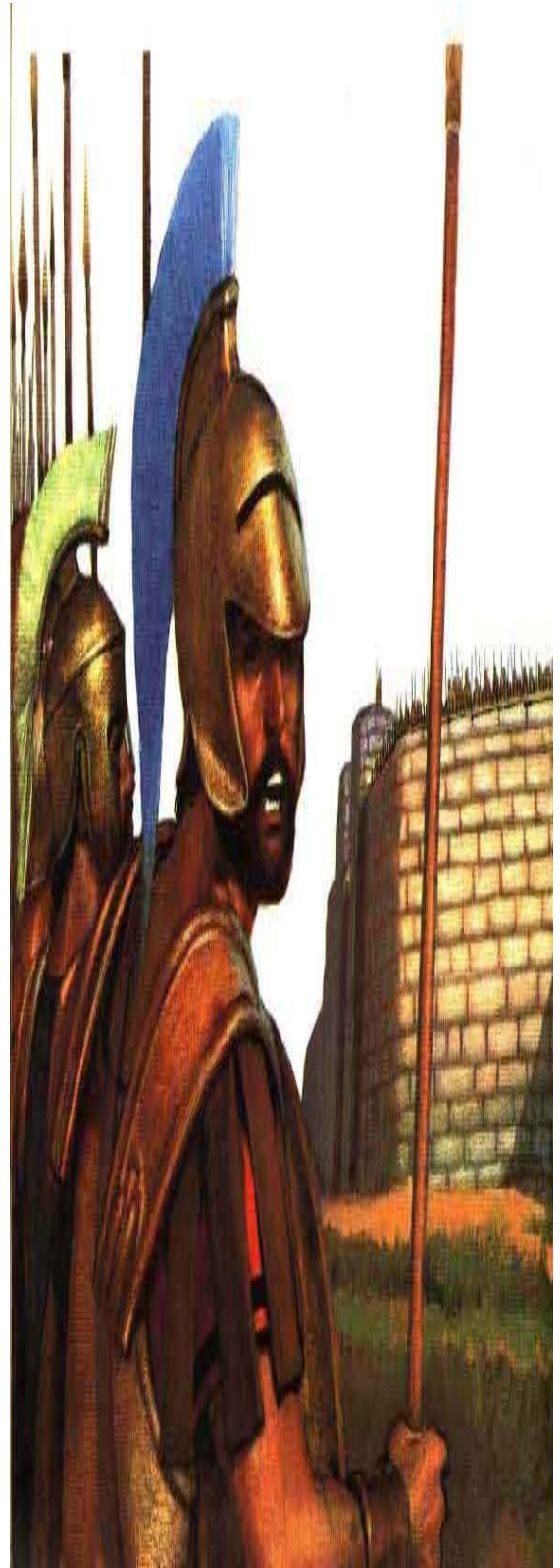
En una de las primeras escaramuzas, los griegos hicieron prisionero a uno de los hijos de Príamo, llamado Polidoro, y aprovecharon la ocasión para hacer nuevas proposiciones a Príamo. Ulises y Diomedes fueron aquella vez los dos embajadores. Un grupo de guerreros griegos les acompañó hasta las puertas de Troya. Llevaban con ellos al prisionero Polidoro.

Los embajadores griegos fueron recibidos por Príamo y le propusieron el canje de Polidoro por Helena. Príamo reunió al consejo troyano y les expuso la proposición. Y el consejo decidió rechazar la oferta. Ulises pidió permiso para dirigirse personalmente al pueblo troyano. Se lo concedieron y en la plaza pública expuso al pueblo el motivo de la embajada y la proposición de los griegos, o sea, el canje de Polidoro por Helena. Y el pueblo, que estaba orgulloso de la posesión de Helena, no

accedió.

Príamo ofreció, en vez de Helena, una de sus hijas, Casandra o Polixena. Y entregar riquezas a Menelao para compensarle. Los embajadores griegos no aceptaron y amenazaron con castigar a Polidoro, si no les devolvían a Helena. Y como los troyanos despreciaran la amenaza, Ulises y Diomedes salieron de la ciudad y allí mismo, frente a los muros de Troya, fue azotado Polidoro. Príamo vio cómo castigaban a su hijo, pero nada pudo hacer para evitarlo. Polidoro era el más joven de los hijos de Príamo y Hécuba.

ANTE LAS MURALLAS TROYANAS



I

Después de diez años de lucha

Aquiles tenía una sirvienta llamada Briseida. Agamenón, hermano de Menelao y rey de Micenas, sentía predilección por la muchacha por su habilidad y destreza en todos los menesteres del hogar y, aprovechando una ausencia de Aquiles, entró en la tienda donde estaba Briseida, y amparado en su autoridad real ordenó que la joven pasara a su servicio.

Cuando Aquiles se enteró de lo ocurrido no levantó la voz, ni fue a reclamar a su sirvienta a la tienda de Agamenón. Ordenó a sus hombres que subieran a los barcos, y ya lejos de la costa esperó un viento favorable para regresar a Grecia. Y cuando le preguntaban el motivo de su retirada, sin nombrar a Briseida, decía:

—Nunca regresaré para ayudar a Agamenón en su lucha contra los troyanos.

Después de los primeros combates, los griegos llevaban la peor parte y algunos guerreros amenazaban con regresar a su país. Agamenón decidió entonces rogar a Aquiles que acudiera otra vez. Sabía, por la predicción del oráculo, que, sin la ayuda de Aquiles, los griegos no vencerían jamás a los troyanos. Y Ulises se encargó de visitar a Aquiles en su nave e intentar convencerle. Encontró a Aquiles tumbado en el puente. El héroe tocaba la lira y cantaba las hazañas de los antiguos griegos. Frente a él estaba sentado su íntimo amigo Patroclo, inmóvil y silencioso.

Cuando Aquiles vio llegar a Ulises a quien acompañaba Ajax, se levantó a recibirle y le dijo:

—¡Salud, buen amigo! Grande debe ser la necesidad cuando venís a suplicarme.

Ulises le expuso la situación, le ofreció presentes y le rogó que se reintegrara al campo de batalla. La contestación de Aquiles fue terminante:

—Agamenón me quitó a Briseida, mi sirvienta, valiéndose de su autoridad. Regresaré a Grecia con mis barcos y dentro de tres días pienso estar otra vez en mi casa.

Ulises intentó convencerle y todo fue en vano. Pero no desistió de su empresa hasta que Ajax le dijo:

—¡Vémonos! No hay piedad en el pecho de este hombre. En nada aprecia la amistad de sus camaradas.

Ulises y Ajax regresaron al campamento sin Aquiles y Agamenón, enterado del fracaso de los emisarios, decidió continuar la guerra, a pesar de todo.



En un combate en la llanura, Ulises, olvidando su proverbial prudencia, quedó solo rodeado de enemigos troyanos. Y en vez de huir, decidió defenderse y vender cara su vida, si es que había llegado su última hora. Gritó:

—¡Si tuviera aquí mi arco os vencería a todos!

Pero no lo tenía. Su famoso arco invencible había quedado en su palacio de Ítaca. Ulises lo había dejado allí, en demostración de sus pocas ganas de participar en aquella guerra que le alejaba de su querida mujer y de su hijo.

Ulises derrotó a cinco guerreros troyanos uno después de otro. Se enfrentó con el sexto, hermano del último que acababa de caer, y éste le gritó:

—Te conozco, Ulises. Y te digo que hoy te llevas la gloria de haber inmolado a dos hermanos casi invencibles, pero serás derrotado por mí.

El troyano lanzó el arma contra Ulises con tal fuerza que la lanza atravesó el escudo y le desgarró la piel del costado. Ulises, enardecido por el dolor de la herida, arremetió contra el troyano y le venció. Un grupo de troyanos se lanzó entonces sobre el héroe griego.

—¡Uno a uno, no todos a la vez! —gritaba Ulises.

Pero los troyanos, convencidos de que uno a uno no podrían vencerle, atacaban todos a la vez. A lo lejos, Ulises vio el carro de combate de Menelao, en el que iban

éste y Ajax, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¡A mí! ¡A mí!

Menelao dio la vuelta y acudió en defensa de Ulises. Ajax saltó del carro a tierra y protegió a Ulises con el escudo. Ulises pudo así subir, herido, al carro de Menelao, que emprendió la marcha hacia el campamento griego. Ajax iba detrás del carro perseguido por los troyanos y cada vez que se revolvía contra sus perseguidores vencía a alguno. De este modo, Ulises no pudo ser derrotado, como pretendían los guerreros de Trova.

Al ver que su amigo Aquiles no quería regresar al campo de batalla, Patroclo le dijo:

—Si tú no vas, dame tus armas, lanza y escudo, y armado con ellas iré yo a combatir.

Así fue como Patroclo se lanzó al combate con las armas de Aquiles. Y ya en el campo de batalla se enfrentó con Héctor en un combate singular, en el que Héctor, ayudado por Apolo que estaba siempre a favor de los troyanos, consiguió vencer finalmente a Patroclo. Héctor se acercó al herido y le gritó:

—¡Oh, Patroclo! Te habías propuesto convertir nuestra ciudad en un montón de escombros y llevarte a nuestras mujeres como prisioneras, pero tu propósito no se cumplirá. Yo, con tu derrota, libero a las mujeres de la servidumbre.

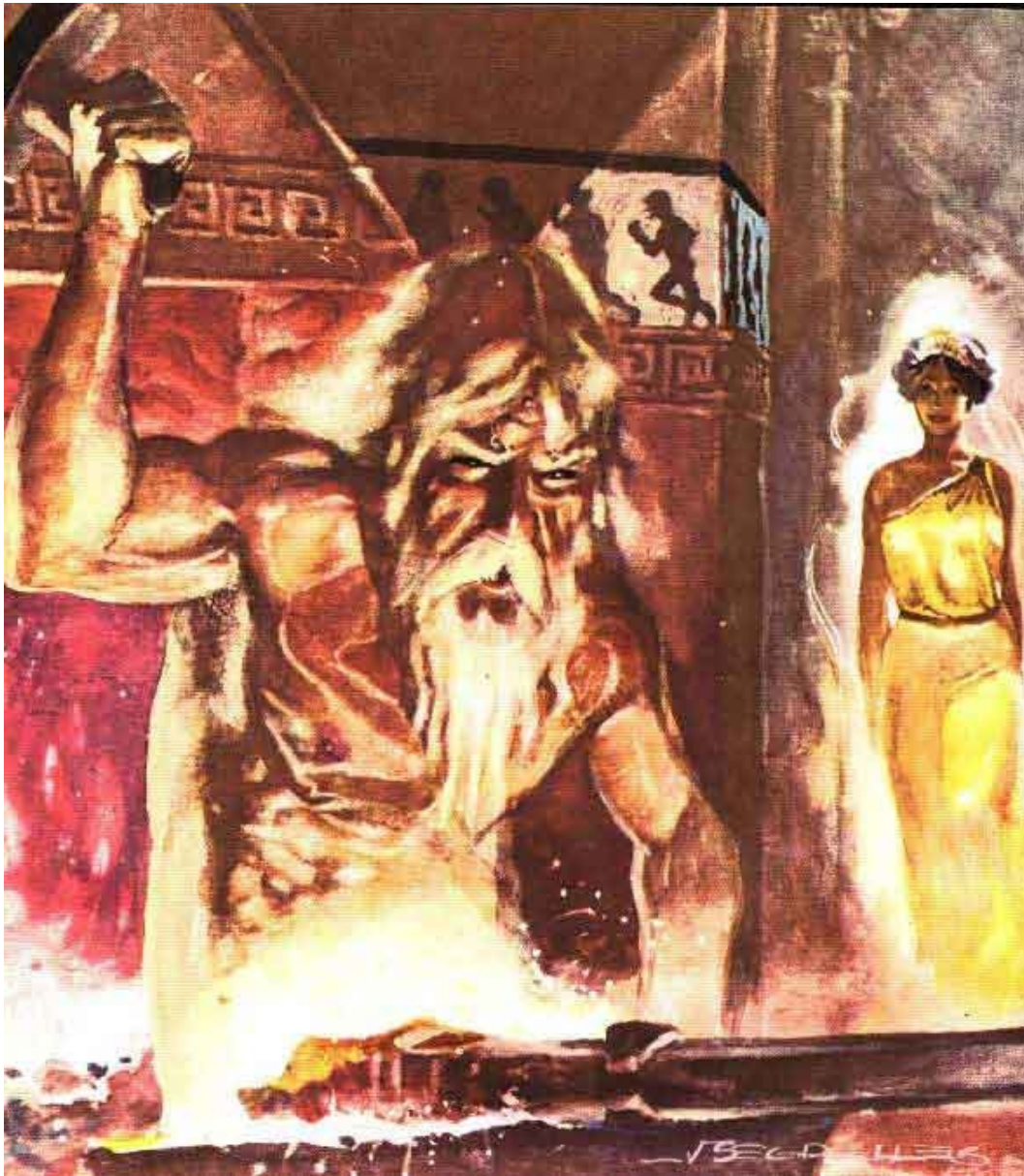
Patroclo, ya moribundo, le contestó:

—No te muestres orgulloso de tu victoria, Héctor, que no la hubieras conseguido sin la ayuda de los dioses. Y una cosa te anuncio: que el destino se cierne sobre ti y yo sé quién acabará contigo.

Héctor dejó en el campo el cuerpo de Patroclo, pero le despojó de sus armas, que eran las de Aquiles, y se las llevó.

Los teucros, mandados por Héctor, atacaron en masa. Y en tanto los aqueos, de pie en torno al cuerpo del gran Menetiada, amparaban a éste con escudos, dispuso el Cronida una niebla muy densa que envolvía los cascos, porque nunca sintió animadversión por el gran Menetiada.

Los troyanos rechazaron primero a los aqueos, pero luego dejaron el cadáver y huyeron. Y si bien los troyanos no hirieron a nadie con las lanzas, en cambio arrastraron el muerto.



Pero poco tiempo permitieron esto los aqueos. Ajax hizo que volvieran, y era éste el dánao más grande en figura y acciones de todos los suyos después del ilustre Pelida.

Ajax recorría las filas y ordenaba a su gente que no retrocediera ni dejara atrás el cadáver ni se adelantara a luchar con los otros aqueos, sino que rodearan al muerto y no se separaran de él.

Los aqueos combatían con la fuerza del fuego. Nadie habría dicho que aún había sol y luna, de tal modo que cubría la niebla a los hombres que luchaban en torno al cadáver del gran Menetiada. Los restantes troyanos y aqueos luchaban libres de niebla en el cielo sereno y a los vividos rayos del sol; ni una nube siquiera había en los llanos y montes. Tan sólo Trasimedes y Antíloco desconocían la muerte del ilustre Patroclo y creían que aún estaba con vida.

Todo el día aguantaron la lucha y el duro combate, y el sudor anegaba rodillas y piernas a los que peleaban en torno del leal servidor del Eácida de pies ligeros. Tiraban del muerto por un lado y por otro; esperaban los troyanos llevárselo a Ilion y

los aqueos a las naves. Y un tumulto terrible se produjo en torno del muerto. Aquiles ignoraba todavía la muerte de Patroclo porque se combatía muy lejos de las naves, al pie de las murallas de Troya; y jamás había dado cabida en su ánimo a esta idea; esperaba que volviera vivo, pues no suponía tampoco que tomara la ciudad ni solo ni aún con él mismo. Muchas veces si estaba solo el gran Zeus le contaba lo sucedido, pero ni el dios ni Tetis se atrevieron a referirle que había muerto en la lucha el amigo a quien él más quería.

Junto al muerto seguía la lucha. Y hubo aqueo que habló de este modo:

—A nadie, ¡oh amigos!, podría serle glorioso el retorno a las naves. Es mejor que se nos trague la tierra antes que dejar el cuerpo de Patroclo a los jinetes troyanos.

A su vez hubo algún teucro que habló así:

—Aunque el hado disponga, ¡oh amigos!, que todos muramos junto a ese hombre, que ni uno siquiera abandone el combate.

De este modo seguían luchando y se esparcía el estrépito por el inmenso éter.

No cesa la lucha en torno a Patroclo. Ahora es Atenea quien ayuda a los dánaos en su empeño de rescatar el cadáver del Menetiada. Ajax sugiere que Antíloco, hijo de Néstor, avise a Aquiles de la muerte de Patroclo. Así lo hace el héroe bañados los ojos en lágrimas.

Finalmente, los Ayaces y Menelao consiguen alzar el cuerpo de Patroclo y llevarlo a las naves. Antíloco regresa de cumplir su misión.

Tan pronto como Aquiles tuvo noticia de la muerte de su amigo Patroclo decidió volver al combate para enfrentarse con Héctor y derrotarle.

Tetis, la madre de Aquiles, acudió al dios Hefesto (Vulcano) y le pidió una nueva armadura para su hijo. Y el dios se la dio. Era una armadura casi invencible, fundida en bronce, estaño, plata y oro. Aquiles se cubrió el pecho con la coraza, tomó el escudo, empuñó la lanza, hizo las paces con Agamenón, y salió al campo de batalla a provocar a Héctor. Iba solo, sin escolta ninguna. Héctor aceptó el combate. Y después de una lucha que duró casi un día entero, Aquiles consiguió derribar a su adversario y vencerle. Héctor, ya moribundo, le suplicó:

—Una sola cosa te pido, Aquiles. No dejes que mi cuerpo quede insepulto junto a las naves. Envía mi cuerpo a Troya para que hombres y mujeres le rindan los honores de la hoguera.

Aquiles, sin hacer caso de la súplica de Héctor, ató el cadáver a su carro y lo arrastró alrededor de los muros de Troya, hasta que, conmovido por las voces de Príamo, padre del muerto, accedió a entregarle el cadáver.

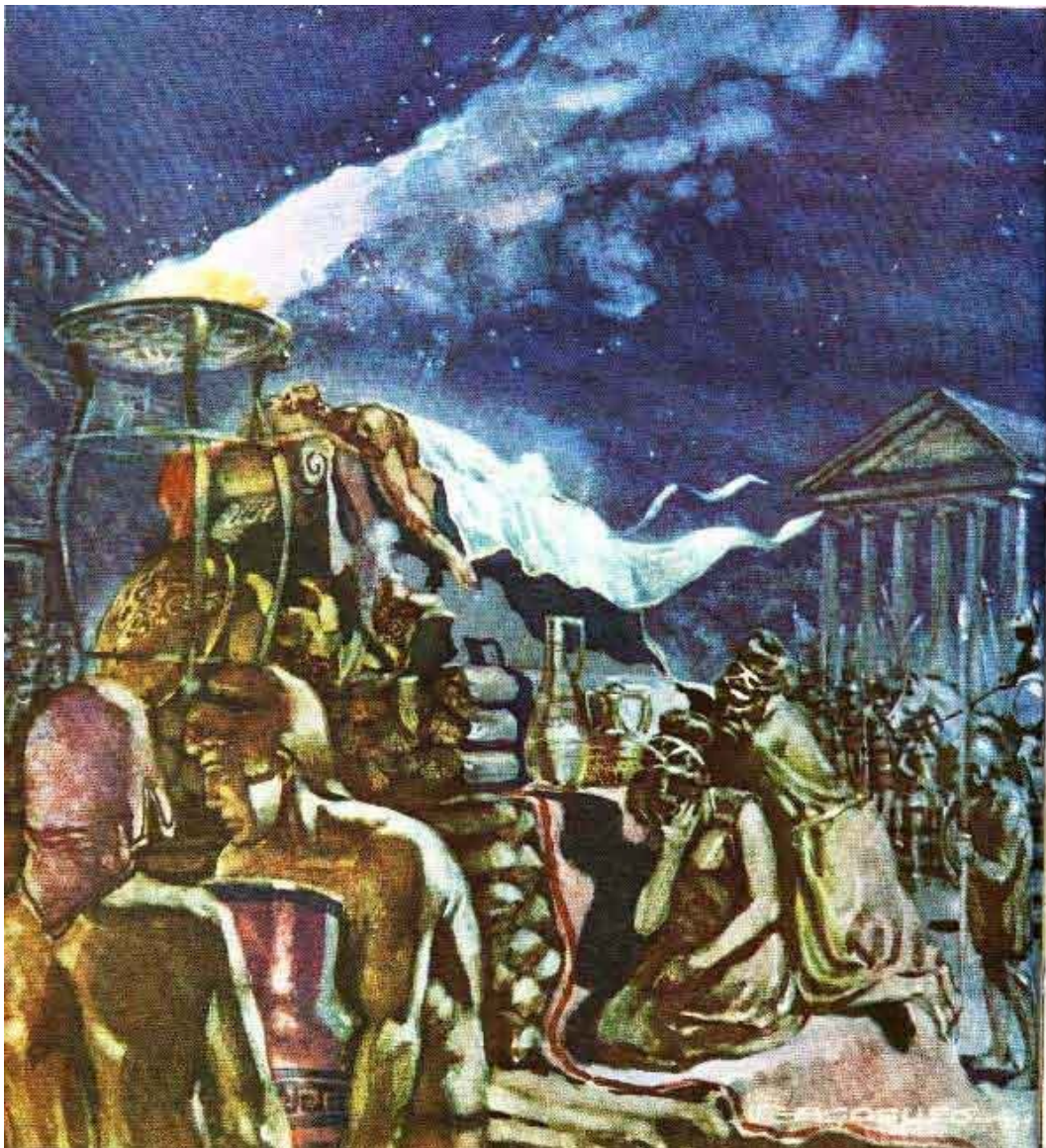
II

El dolor de Príamo

Antes de regresar a Troya, Príamo pasó la noche en el campamento de Aquiles. Pero el benéfico Hermes estaba en vela, pues pensaba de qué forma podría sacar de allí al rey Príamo sin que los guardianes le vieran. Puesto sobre la frente del rey habló de esta manera:

—¿No te turba el peligro, oh anciano? Duermes en medio de tu propio enemigo porque te respeta ahora Aquiles. Rescataste a tu hijo y por él diste muchos presentes; pero tres veces más que eso tendrían que dar por ti tus hijos si Agamenón el Atrida y los otros aqueos descubren que te hallas ahora aquí.

Esto dijo el dios y despertó asustadísimo el viejo. Unció entonces Hermes caballos y mulos y los guió, sin que nadie los viera, por entre el ejército.



Cuando hubieron llegado a la orilla del Janto partió Hermes de nuevo al altísimo Olimpo.

Cuando la Aurora con su velo de azafrán se esparció por la Tierra llegaban ellos a la ciudad gimiendo y llorando. Nadie los vio antes que Casandra, tan parecida a Afrodita. Desde Pérgamo reconoció al padre y al heraldo que le acompañaba. Y vio a Héctor detrás en su lecho. Y al momento gimió y dijo:

—¡Venid a ver el cadáver de Héctor, teucros y teucas!

Esto dijo, y no quedó ningún hombre ni mujer en la ciudad. Todos ellos sintieron una horrible congoja. Corrieron a las puertas. La esposa y la madre conocieron el carro y se mesaron los cabellos. Todo el día habrían llorado si el anciano no hubiera gritado a la turba:

—¡Apartaos y que pasen las mulas, que tiempo sobrado tendréis para hartaros de llanto y gemidos!

Así dijo Príamo, y todos se apartaron y abrieron camino al carro. Dentro ya de la casa pusieron al muerto en su labrado lecho, y a su alrededor se sentaron entonces los aedos; al punto empezaron los trinos cantados con acentos dolientes y a ellos respondían llorando las mujeres. Andrómaca, la de albos brazos, comenzó a decir sosteniendo la frente de Héctor:

—¡Ay esposo mío! Dejaste la vida muy joven y ahora quedo viuda en este palacio. Y es aún muy pequeño ese hijo, que tú y yo, ¡desdichados los dos!, hemos puesto en el mundo. Dudo que llegue a mozo. Caerán antes las altas torres de la ciudad porque has muerto tú que sabías guardarlas. Pronto todos serán llevados a las cóncavas naves y con ellos iré yo. Y tú, hijo mío, te irás de mi lado y tendrás que pasarte la vida en oficios serviles, trabajando para un amo extranjero. No fue nunca tu padre blando en la lucha y por eso lo lloran hoy todos. Mucho llanto y dolor indecible causaste a tus padres, Héctor, pero me aguardan a mí las mayores angustias. Ni siquiera al morir has podido tenderme los brazos, ni me diste dulces consejos.



Así dijo Andrómaca llorando. También Hécuba lamentó su desdicha con estas palabras:

—¡Hijo mío! Si los dioses te amaron en tanto gozaste de vida, no se habrán olvidado de ti en la hora de la muerte. Otros hijos me ha quitado Aquiles, el de pies ligeros; a los que no mató los vendió al otro lado del Ponto, bien en Samos, en Imbros o en Lemnos, la tierra sombría; pero a ti te arrastró en torno al túmulo de su amigo Patroclo.

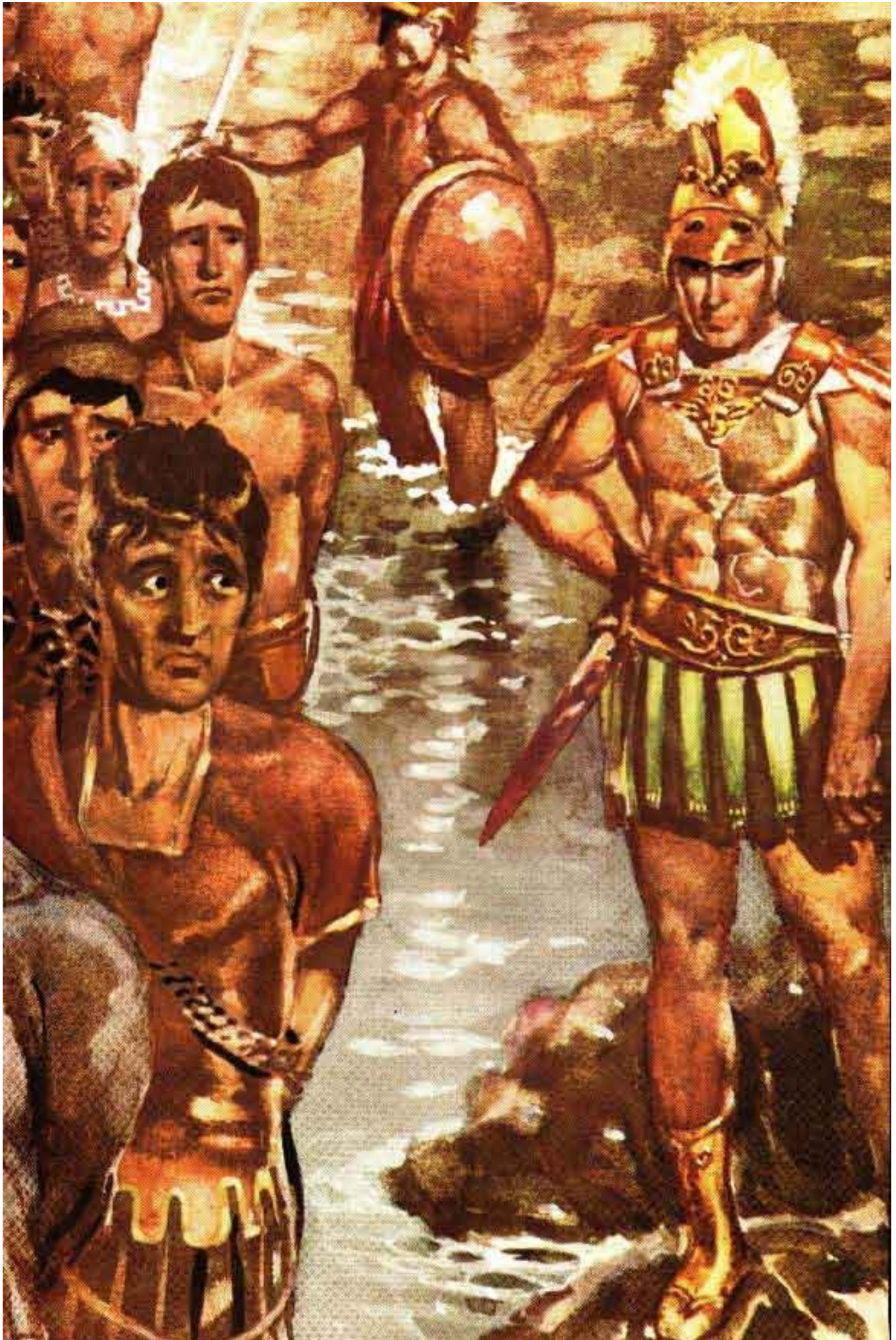
Así dijo Hécuba entre sollozos. Y a su vez exclamó Helena, la argiva:

—¡Héctor, valeroso guerrero! No olvido que Paris me trajo prisionera a Troya. ¡Ojalá esto no hubiese sucedido! Veinte años van transcurridos ahora del día en que vine a esta tierra y dejé a mi patria. En todo este tiempo jamás escuché de ti una palabra ofensiva. Antes bien, si alguien se atrevía a decirme palabras no amables y desdeñosas, tú intervenías para defenderme y calmar con frases prudentes a los que me rodeaban. Por esto, por ti y por mí lloro afligida, porque ya no me queda en Troya un amigo que sea benévolo conmigo. Todos me detestan.

Así dijo Helena llorando. Entonces el anciano Príamo habló así a su pueblo:

—¡Traed leña a la ciudad, troyanos, y no tengáis miedo de ninguna emboscada de los dánaos, porque Aquiles prometió no hacernos daño hasta que llegue la duodécima Aurora! La tregua será respetada escrupulosamente por todos.

Así dijo Príamo y la gente del pueblo unció a los carros mulas y bueyes, y se reunieron fuera de la gran ciudad. Durante nueve días, sin tregua, acarrearón montones de leña, y al décimo, cuando la Aurora da luz a los hombres, sacaron llorando a la pira el cadáver de Héctor, le dejaron allí y luego encendieron el fuego.



Al mostrarse la Aurora de dedos de rosa se reunió todo el pueblo en torno a la pira de Héctor. Y una vez todos reunidos apagaron con vino la hoguera y, hecho esto, hermanas y amigos, recogieron los pálidos huesos. Los reunieron después en un cofre de oro que cerraron y envolvieron con un fino velo de púrpura. Luego colocaron el cofre en el hoyo y encima, hacinadas, muchísimas piedras de grandes tamaños. Y erigieron el túmulo. En torno situaron vigías por si atacaban los aqueos. Y marcharon una vez alzado el túmulo. Luego, reunidos, celebraron en la casa de Príamo, el rey de realeza divina, el glorioso festín funeral.

De esta manera se honró a Héctor, domador de caballos.

Paris, terminados los funerales de su hermano Héctor, salió al campo a desafiar a Aquiles. Sabía que él solo difícilmente podría vencerle. Invocó al dios Apolo que en otras ocasiones le había ayudado, y sólo cuando el dios hubo accedido a ponerse de su lado, se decidió a provocar a Aquiles. El héroe griego aceptó el combate. Y apenas habían quedado uno frente a otro, una flecha lanzada por el dios Apolo dio en el pie izquierdo de Aquiles, precisamente en el talón, único sitio vulnerable del héroe griego. Aquiles cayó fulminado y entonces Paris, al verle ya muerto, se lanzó sobre el cadáver para arrebatarse la armadura regalo de un dios. Ajax acudió a defender el cuerpo de Aquiles y consiguió ahuyentar a Paris y a otros guerreros troyanos. En este combate los griegos recuperaron el cadáver y la armadura de Aquiles.

Ajax y Ulises pretendían quedarse con la armadura invencible de Aquiles. Néstor se ofreció como árbitro entre los dos. Ajax, sin aceptar ningún arbitraje, gritaba con todas sus fuerzas:

—Yo soy el más fuerte. Y de estirpe más noble que Ulises.

Ulises le replicó:

—Nadie duda de la fuerza física de Ajax. Pero ¿quién de los dos ha mostrado más inteligencia a lo largo de esta guerra?

No se ponían de acuerdo y Néstor propuso que decidieran los prisioneros troyanos, puesto que ellos serían imparciales. Así se hizo y los árbitros troyanos concedieron, por unanimidad, la armadura a Ulises.

Pero Ulises nunca usó aquella armadura invencible. En compañía de Diomedes visitó al hijo de Aquiles, todavía muy joven, y ya tan fuerte como su padre, que se había llamado Pirro en la niñez y que después fue llamado Neoptólemo, palabra que significa «guerrero joven».

Ulises y Diomedes encontraron a Deidamia, la viuda de Aquiles, entregada al dolor. Reconocieron en seguida en el hijo la imagen viva del padre. El muchacho, por ser muy joven, no había aún tomado parte en la lucha y algunos guerreros griegos, cuando le vieron aparecer, le menospreciaron por su juventud. Y Ulises les dijo:

—Si a alguno de vosotros le está a la medida la coraza de Aquiles, puede quedársela.

Algunos guerreros se probaron la coraza y a todos les estaba grande, como si el cuerpo les bailara dentro. Se la probó Neoptólemo, el hijo de Aquiles, y le estuvo a la

medida, pues a pesar de su juventud ya tenía en el cuerpo la corpulencia de su padre.

Después de la muerte de Aquiles, los troyanos avanzaron hacia el campamento de los griegos, confiados en que les encontrarían desanimados y les sería fácil vencerlos. Y entonces salió de la tienda el hijo de Aquiles cubierto con la armadura de su padre. Los troyanos, al verle, creyeron que se trataba del mismo Aquiles resucitado, y no se atrevieron a continuar avanzando. El hijo de Aquiles arremetió contra ellos y les hizo retroceder hasta los muros de Troya. A los gritos de los guerreros huidos se abrieron las puertas de la ciudad, entraron todos en tropel, y las puertas se cerraron pesadamente tras ellos. Y así Aquiles, después de muerto, consiguió su última victoria sobre los troyanos.

Habían pasado nueve años desde que Ulises abandonara a Filoctetes en la isla de Lemnos. Ulises consultó a un oráculo acerca de la suerte del abandonado herido, y ésta fue la contestación:

—Filoctetes está vivo en la isla. Y Troya no será vencida sino después de la muerte de Paris. Y Paris no morirá si no le hiere Filoctetes con una flecha de su arco invencible.

Sabido esto, Ulises organizó una expedición a la isla de Lemnos, en busca de Filoctetes. Y allí le encontraron, con vida aún, pero con la herida igualmente abierta y llena la pierna de sangre maloliente. Ulises volvió a consultar al oráculo y tuvo esta otra contestación:

—Llévate a Filoctetes hasta los muros de Troya y allí, a la vista de los muros, quedará totalmente curado.

Filoctetes, oída la contestación del oráculo, se dejó llevar y a la vista de los muros de Troya, se cumplió la profecía y le desapareció hasta la cicatriz de la herida. Y allí le dejó Ulises, armado con el arco invencible y con la aljaba llena de flechas. Filoctetes llamó a gritos a Paris, provocándole:

—¡Troyano! —le gritaba—. ¡Sal a medir tus fuerzas conmigo! Y todos veréis como después de su muerte la ruina se abate sobre su casa y su ciudad.

Paris oía los gritos de Filoctetes, y al fin salió a enfrentarse con él, armado de su arco, y fue el primero en disparar una flecha que pasó rozando el hombro de Filoctetes, aunque sin herirle. Filoctetes disparó a su vez y tampoco dio en el blanco. Y así se prolongó la lucha durante mucho tiempo, hasta que una flecha de Filoctetes hirió a Paris en la pierna. La flecha estaba envenenada con sangre de la hidra de Lerna y la herida era mortal. Paris pudo llegar por su pie hasta las puertas de Troya y refugiarse en la ciudad, pero ya nada pudo hacerse para salvarle la vida.

De pronto se le ocurrió a Ulises una idea feliz: mandó a sus soldados que levantasen los escudos por encima de las cabezas, situándose muy juntos unos de otros, y así el conjunto era como el techo abovedado de una casa. Bajo aquella

protección de escudos avanzaron las huestes griegas, como formando un solo cuerpo, hasta la misma puerta de la ciudad. Y arremetieron todos a la vez contra la puerta, cuyos batientes crujían como si fueran a romperse. Con aquella nueva estratagema de Ulises la victoria de los griegos parecía asegurada.

Pero los dioses que estaban de parte de Troya fortalecieron de tal modo los brazos del troyano Eneas, que el héroe levantó con ambas manos una piedra enorme y la dejó caer sobre el techo de escudos. Los combatientes griegos no tuvieron más remedio que retirarse.

LAS ÚLTIMAS BATALLAS



I

El caballo de madera

Después de tantos fracasos, los griegos volvieron a sus naves. Todos sus intentos habían sido vanos y reinaba entre ellos la desolación. Los troyanos, más confiados, dejaban abiertas las puertas de la muralla. Ulises lo advirtió y él y Diomedes se disfrazaron de mendigos, se mezclaron con los troyanos que regresaban de pasear por los alrededores y entraron en la ciudad.

Allí, por la noche, se apoderaron de una estatua de la diosa Atenea. Y al amanecer emprendieron el camino hacia lo que quedaba del campamento. Aquella noche, mientras Ulises dormía, se le apareció Atenea y le dijo lo que tenía que hacer para acabar de una vez con Troya. Al día siguiente, Ulises reunió a todos los jefes griegos y les dijo:

—Oídmeme con atención. Construiremos un enorme caballo de madera, en cuyo interior puedan caber los más valientes héroes griegos.

Después ordenó que se desmontara el campamento, que todos los objetos de algún valor o aprovechables para algo se llevaran a los barcos, y que éstos se retiraran a cierta distancia mar adentro.

Y mientras algunos de los hombres cumplían esta orden, otros cortaban abetos en el monte Ida, los aserraban y con los maderos construían el enorme caballo, que estuvo concluido en tres días. Era un caballo que parecía de verdad, con sus crines y su cola y con las dos orejas levantadas. Y en la parte inferior del vientre tenía una puerta por donde los hombres podían entrar y salir.



Cuando ya estuvo hecho el caballo y trasladado todo a los barcos, Ulises mandó pegar fuego a lo poco que quedaba del campamento. A la luz de las llamas reunió a sus más valientes guerreros y les dijo:

—Ahora se verá quiénes son los que desconocen el miedo. Se trata de ir al encuentro del tenebroso futuro, ocultos dentro del vientre del caballo.

El anciano Néstor fue el primero que quiso entrar para dar ejemplo a los demás. Pero Neoptólemo se le anticipó y entró el primero. Y detrás del hijo de Aquiles entraron Menelao, Diomedes, Filoctetes, Ajax y muchos más. Ulises contuvo a Néstor que quería entrar de todos modos y le dijo:

—No; tú, no. Tu misión es otra. Alguien ha de quedarse aquí para cumplir mis órdenes.



Néstor obedeció y subió al último barco, junto con Agamenón que tampoco entró en el caballo. Así todos los griegos quedaron divididos en dos grupos: los que estaban en los barcos y los que estaban dentro del caballo. Todos menos uno, que se quedó en el campamento, con órdenes muy concretas.

Ulises fue el último en entrar en el vientre del caballo y cerró la puerta tras él.



Los troyanos vieron el humo que se levantaba del campamento, vieron las naves mar adentro y pensaron que los griegos por fin habían abandonado la partida. Salieron de la ciudad, se acercaron al campamento y allí vieron al enorme caballo de

madera. Y debajo del caballo, como escondido, encontraron a un solo hombre. Le interrogaron y el hombre les dio esta explicación:

—Me han abandonado y aquí estoy a la espera de que los dioses decidan mi suerte. Este caballo lo han construido para dedicarlo a la diosa Atenea, enemiga de los troyanos. Si vosotros lo lleváis a Troya, tendréis la protección de la diosa.

Los troyanos prestaron crédito al impostor, y decidieron llevar el caballo a Troya. Pusieron ruedas en los pies de madera y lo arrastraron hasta la puerta de la ciudad. Para que el caballo pasara por la puerta tuvieron que derribar parte del muro. Y al fin entraron el caballo en una procesión solemne, convencidos de que con aquello conseguirían la protección de Atenea.



II

La destrucción de Troya

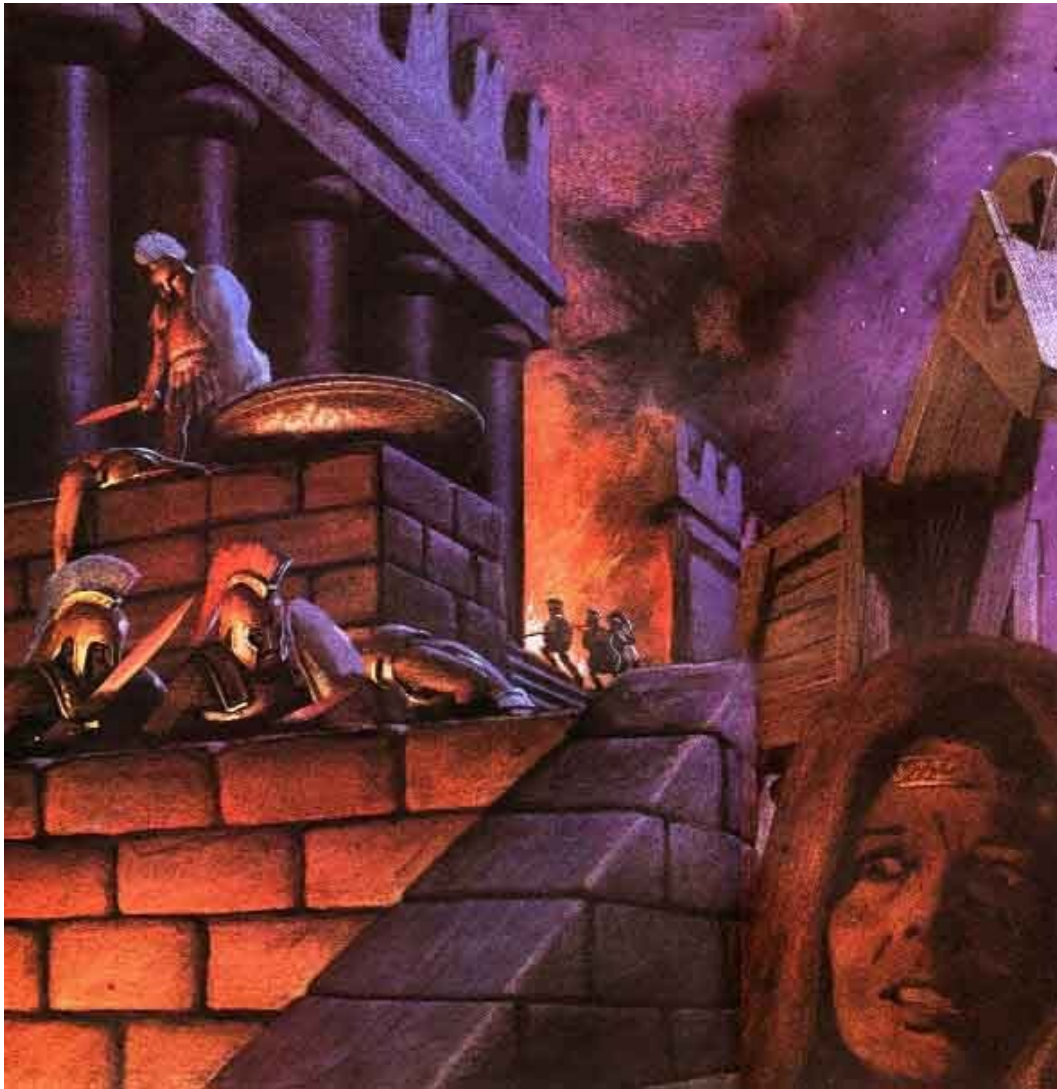
La entrada del caballo en la ciudad acabó con una gran fiesta en la que se comió y bebió en abundancia. Cuando todos los troyanos estaban durmiendo, el griego que había quedado solo en el campamento, y que había fingido que se pasaba a los troyanos, golpeó el vientre del caballo. Ulises descorrió el cerrojo y fue el primero en salir. Los otros guerreros salieron detrás de él y entre todos, con sus flechas y sus lanzas, sembraron el pánico entre los indefensos troyanos.

Fue una derrota total. Las casas fueron saqueadas y se hicieron muchos prisioneros. Después se incendió la ciudad como era costumbre en aquella época. Gracias pues al caballo de madera se había consumado la destrucción de Troya.

Un viento favorable empujó las naves griegas hacia la costa; desembarcaron todos los guerreros y a marchas forzadas se dirigieron a la ciudad ya vencida a terminar su destrucción.

Nadie les podía detener. No podían cerrarse las puertas de la ciudad, después del boquete abierto en el muro para dar paso al caballo. Y así, en una sola noche, quedó destruida Troya y todos sus habitantes quedaron a merced del vencedor.

Neoptólemo, el hijo de Aquiles, hizo prisionero al rey Príamo, que murió de pena abrumado por la derrota. También fueron hechos cautivos Andrómaca y su hijo. Andrómaca, la esposa de Héctor, tuvo que presenciar el sacrificio de Polixena, una de las hijas de Príamo, y el dolor inconsolable de Hécuba, esposa de Príamo, ante tantos infortunios. Otra de las hijas del rey troyano, Gasandra, que profetizó la derrota de Troya, fue llevada prisionera a Grecia.



El fuego duró toda la noche y todo el otro día. La columna de llamas se elevó a gran altura y anunció a los habitantes de las islas próximas y a las naves que surcaban el mar que la ciudad de Troya acababa de ser destruida para siempre.

Como si verdaderamente se tratase de un testigo ocular de los sucesos, Virgilio pone en boca de Eneas, el protagonista de su obra *La Eneida*, una fiel descripción de lo que fueron algunos de los últimos momentos de la infortunada Troya. Dice así Eneas:

«Vimos entonces un combate tan porfiado y terrible, cual si sólo allí se pelease, y no hubiese otras víctimas en el perímetro de la fortaleza; allí reinaba el indómito Marte. Los griegos atacaban las torres del edificio, asediaban la puerta y golpeaban con pesado ariete. Por su parte, los troyanos demolían sus torres y tejados, ya que sólo esperaban una muerte segura, y hacían caer las doradas vigas y aquellos ornamentos de los antepasados sobre los asaltantes; otros, con las espadas desenvainadas, ocupaban los escaños inferiores, defendiéndolos en compacto grupo. Visto esto, nos adelantamos a socorrer el palacio del rey y aliviar a sus defensores.

»Había a espaldas del palacio de Príamo una puerta, cuyo umbral daba acceso a las habitaciones del rey. Por allí subí al vértice del tejado, desde donde los infelices troyanos arrojaban con su mano inútiles dardos. Después de socavar una torre en

derredor, ya bastante desmoronada por sus juntas, la arrancamos de sus elevados cimientos y, empujándola, la derribamos de súbito, con gran estrépito, sobre los enemigos; en sus huestes causamos horrendo estrago; pero otros siguieron atacando y ni las piedras ni todo género de armas arrojadas pudieron detener su avance.

»Delante del vestíbulo y ante el primer umbral estaba Neoptólemo, lleno de ardor guerrero, resplandeciente con los metálicos fulgores de sus armas; blandiendo un hacha de dos filos, astilló los duros dinteles y arrancó de sus quicios las ferradas puertas. Aparecieron entonces el interior del palacio y sus dilatadas galerías; apareció la morada de Príamo y de nuestros antiguos reyes, y vimos en la recién abierta puerta nuestra gente armada.

»Mientras tanto, en el interior del palacio todo era tumulto y miserables lamentos; resonaban las bóvedas con llorosos alaridos de mujeres, y las despavoridas madres vagaban por las espaciosas estancias, errantes bajo los vastos techos. Neoptólemo arremetió con todo el vigor de su leído linaje: ni los barrotes, ni los guardias mismos bastaron para resistirle; titubean las puertas al constante empuje del ariete, y caen arrancadas de sus goznes.

»Y he aquí que toda Troya pareció hundirse en las llamas, y la ciudad de Neptuno, su protector, destruida desde lo más profundo. Bajé entonces al centro de la plaza, y, guiado por un numen, me abrí paso por entre las llamas y los enemigos; ante mí, los dardos parecían detenerse y las llamas retirarse. Y llegado que hube a la morada paterna, mi padre, a quien yo me proponía llevar hacia los altos montes, negóse a prolongar su vida y sufrir destierro, después de la destrucción de Troya.

»—¡Oh vosotros! —dijo—, a quienes las sólidas fuerzas sostienen por su propio vigor; vosotros, planead la huida. Si los habitantes de las alturas hubieran querido que yo prolongase mi vida habrían preservado para mí estas moradas; basta y sobra el haber presenciado tantos estragos, y haber sobrevivido a la toma de la ciudad. Partid; dejad mi cuerpo en reposo sobre una losa; el enemigo se compadecerá de mí y me dejará en paz.

»Hablando tales cosas permanecía inmóvil y fijo en su resolución, mientras nosotros, bañados en lágrimas, mi esposa Creusa, Ascanio y la servidumbre entera, le suplicábamos que no quisiera perderlo todo consigo, ni cargar con un apremiante destino; pero él rehusaba nuestras súplicas y perseveraba en su empresa.

»Entretanto, se oyó más claramente el crepitar del fuego por entre los muros de la ciudadela, y los incendios revolvieron torbellinos cerca de nosotros. Entonces cargué a mi padre sobre mis espaldas y seguidos del pequeño Ascanio, junto con mi esposa, cruzamos las oscuras calles.

»Próximo ya a la puerta, y cuando me figuraba haber sorteado todos los peligros, parecióme oír un ruido como de muchas pisadas; entonces mi padre, tendiendo la vista a las sombras, exclamó:

»—¡Huye, huye, hijo mío! Los enemigos se aproximan.

»En esto, no sé qué numen adverso ofuscó mi razón, porque mientras corría de

uno a otro lado por extraviados sitios, ya fuera que me la arrebataran los hados, ya por haber perdido el camino, ya rendida de cansancio, mi infeliz esposa quedóse atrás, y desde entonces no la he vuelto a ver; ni siquiera advertí su pérdida ni fijé en ella mi atención hasta que llegamos al sagrado templo de Ceres. Reunidos todos allí, al fin la echamos de menos; ella sola faltaba entre todos los compañeros de huida. Fuera de mí, confié la custodia de los niños a los compañeros allí presentes y, ciñendo mis armas, regresé a la ciudad, decidido a correr de nuevo todos los azares, a recorrer Troya y a ofrecer por segunda vez mi cuerpo a todos los peligros. Los griegos asaltaban y ocupaban la ciudad entera. Un voraz incendio, avivado por el viento, la envolvía hasta sus más altos tejados. Me aventuré, no obstante, a gritar en la sombra, llenando las calles con mis clamores, y en vano con doloridas voces repetí una y cien veces el nombre de Creusa. Todo fue inútil y al fin desistí de mi empeño. Anegado en lágrimas, pugnando en vano contra el destino de los dioses, huí de la ciudad para reunirme con mis compañeros. Y allí encontré admirado que un gran número de otros muchos troyanos se les habían agregado; de todas partes habían afluido dispuestos, con sus ánimos y recursos, a partir para cualquier tierra adonde yo quisiera conducirles por el mar. Sólo deseaban abandonar Troya».

REGRESO AL HOGAR



I

Sinsabores y fracasos

Terminada la destrucción de Troya, Ulises reunió a sus hombres y los doce barcos que les habían traído se hicieron a la mar. Los dioses decidieron castigar a Ulises por su anterior conducta con Palamedes y pidieron a Poseidón (Neptuno), dios de los mares, que hiciera todo lo posible para alejar la nave capitana, en la que ondulaba la insignia real de Ulises, del rumbo que la conduciría a su patria, Ítaca.

Poseidón, viejo barbudo, gruñón y poco amigo de los navegantes que no le dejaban descansar en paz, aceptó el encargo. Y, durante la noche, levantó una ola que apartó la nave de Ulises de las otras once. Al amanecer, la nave de Ulises estaba sola en alta mar, y ni el héroe ni ninguno de los tripulantes sabían nada de lo ocurrido en la oscuridad de la noche.

Después de unos días de navegación sin rumbo fijo, vieron tierra a lo lejos. Pero no era la tierra de Ítaca, sino la isla de Ismara, donde desembarcaron todos, y todavía con el impulso guerrero en la sangre se hicieron dueños de la isla, sin que los habitantes opusieran de momento resistencia. Después, los hombres de Ulises se dieron a comer y a beber y se echaron a dormir.

Entonces, mientras dormían, algunos hombres de la isla que se habían escondido cayeron sobre ellos. Los de Ulises estaban desarmados y cuando empezaron a defenderse ya era tarde. Asustados y desconocedores del número de los atacantes, corrieron a refugiarse en el barco. Y Ulises les ordenó que izaran las anclas, y así continuó la navegación a favor del viento, sin saber a dónde se dirigían.



Después de otros muchos días y sus noches llegaron a otra isla, de la que pronto supieron que era el país de los lotófagos, un pueblo llamado así porque sus habitantes sólo comían flores, y su plato preferido era la flor de *lotus*. Lotófago equivale a comedor de *lotus*.

—Aquí la vida es fácil —decían los hombres de Ulises. Pero no sabían, al decirlo, que aquellas flores de *lotus* hacían perder la memoria a quien las comía, Y con la memoria, el deseo de regresar a la patria olvidada. Cuando Ulises lo supo tuvo que usar la fuerza para llevar a sus hombres al barco. Y con algunos de ellos no lo consiguió.

Continuaron la navegación y el viento les empujó hacia la isla de los cíclopes, unos seres monstruosos con un solo ojo en mitad de la frente. Los cíclopes eran hermanos de los titanes, hijos de la diosa Gea (la Tierra) y del dios Urano, de estatura gigantesca todos ellos.

Allí desembarcaron en un reducto de la isla donde vivía el cíclope Polifemo, que no era de la misma raza de los antiguos cíclopes, sino hijo de Poseidón y de una

ninfa. Polifemo sentía afecto por la ninfa Galatea. Ella prefirió a un pastor llamado Acis. Polifemo les acechó y se enfrentó al pastor que fue derrotado. Después, el cíclope se retiró a vivir en una isla, una de cuyas montañas arrojaba fuego. Probablemente la isla era Sicilia y la montaña, el Etna.

Ulises dejó el barco escondido tras unas rocas emergidas del mar, y algunos hombres quedaron en el barco a la espera de lo que pudiese ocurrir. El héroe y los otros hombres alcanzaron la isla a nado. Iban en busca de comida. Y llevaban con ellos un odre lleno de vino por si les hacía falta para cambiarlo por comida.

Pronto descubrieron una cueva. Entraron y allí dentro hallaron gran cantidad de enormes quesos, cabritos asados y otros manjares. Los hombres se preguntaban:

—¿Quién puede vivir aquí?

Mientras examinaban el interior de la cueva oyeron ruido en el exterior, como de un derrumbamiento de piedras. Y ya no pudieron salir. Un cuerpo gigantesco cubría toda la entrada. Era el cíclope Polifemo que regresaba de apacentar su rebaño de carneros. Polifemo hizo entrar el rebaño en la cueva y cerró la salida con una enorme roca que ningún ser humano habría sido capaz de mover. Después se comió algunos cabritos asados, algunos quesos y se dispuso a ordeñar las corderas. Y entonces descubrió a los hombres escondidos y les saludó con una carcajada que hizo retemblar las paredes de la cueva. Gritó:

—¿Quiénes sois, extranjeros?

Ulises le contestó la verdad:

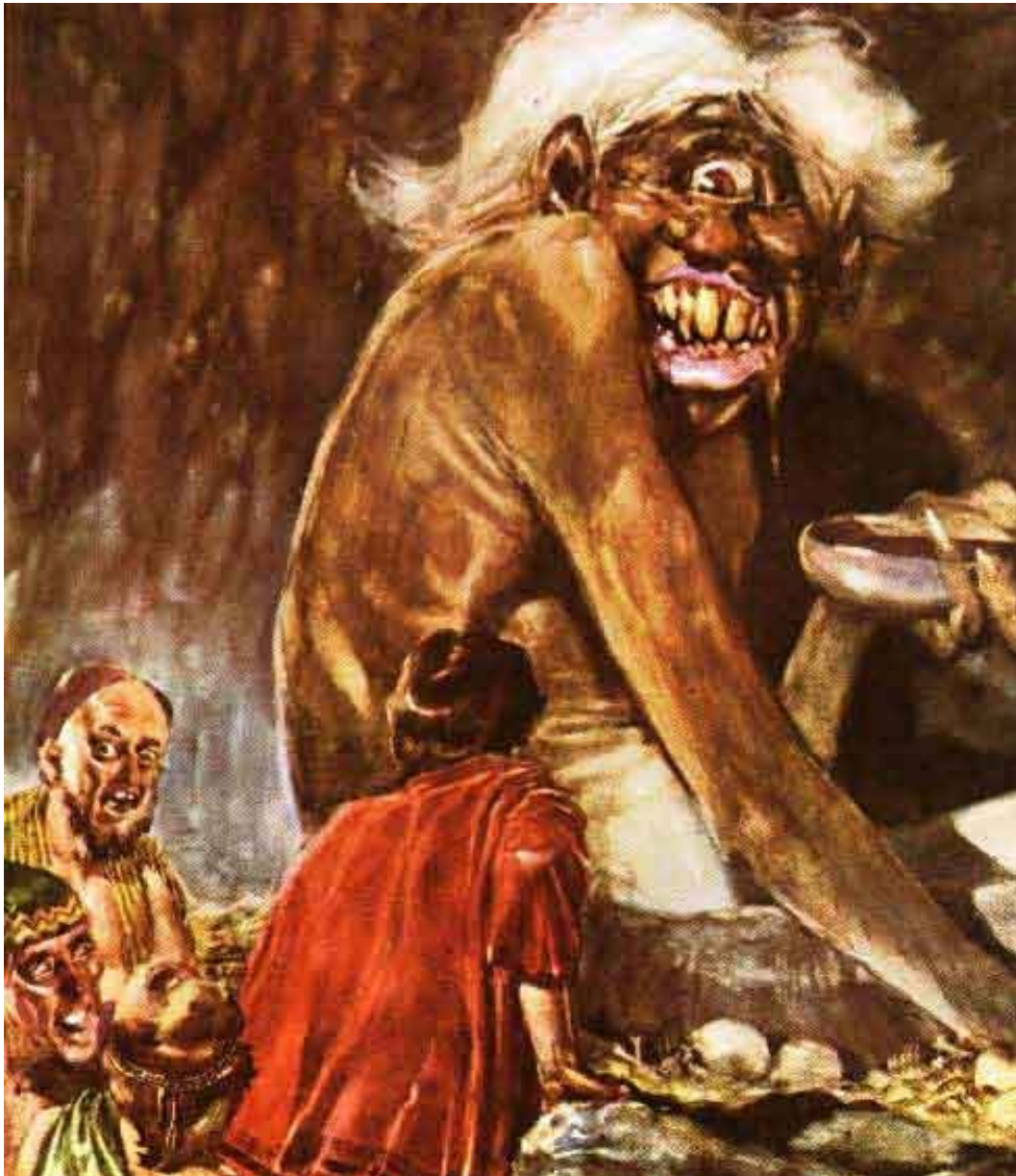
—Somos griegos. Hemos hecho la guerra a los troyanos y hemos destruido su ciudad. Y ahora regresamos a nuestra patria.

Polifemo soltó otra carcajada.

—¿Y dónde tenéis el barco?

Ulises impuso silencio a sus hombres, y contestó:

—No tenemos barco. La tempestad lo ha hundido y a nado hemos conseguido llegar hasta aquí.



Polifemo soltó otra de sus carcajadas.

—No esperaba tan buena cena.

Agarró a dos de los hombres y los guardó en una gran caja. Después se tumbó en el suelo y no tardó en dormir profundamente.

—¿Qué hacemos? —preguntaron los hombres a Ulises.

—Esperad —dijo Ulises—. Buscaré un medio para eliminar al cíclope. Mejor que esperemos a ver lo que ocurre mañana.

A la mañana siguiente, Polifemo agarró a otros dos hombres. Hizo salir el rebaño y cerró otra vez la entrada con la roca que ningún hombre podía mover. Ulises encontró en la cueva un largo tronco de olivo, lo cortó con su espada y lo afiló por uno de los extremos.

Al anochecer, regresó Polifemo con el rebaño. Encendió lumbre, cerró la puerta y volvió a atrapar a otros dos hombres. Entonces Ulises le ofreció el odre de vino.

—Bebe esto —le dijo—. Es un buen vino. Te gustará.

Y echó vino en el cuenco de madera de Polifemo. Al cíclope le gustó la bebida y

pidió más. Y más después. La bebida le despegó la lengua y dijo con arrogancia:

—Yo soy Polifemo, hijo de un dios y dueño de esta isla. Y tú, ¿cómo te llamas?

El astuto Ulises, en previsión de lo que podía ocurrir después, le contestó:

—Nadie; así me llamo.

Polifemo soltó otra carcajada.

—Pues a nadie lo atraparé el último.

Y dicho esto se tumbó a dormir. Entonces Ulises, con ayuda de sus hombres, levantó la estaca, puso lapunta a enrojecer en el fuego, y la hundió así en el único ojo de Polifemo.

El gigante, con el dolor de la herida, lanzó un grito que hizo entreabrirse la roca de la entrada. Y empezó a llamar a voces a los otros cíclopes que vivían no lejos de allí, y a pedirles auxilio. Algunos acudieron a los gritos y preguntaron desde fuera:

—¿Qué te pasa?

Polifemo les contestó:

—¡Nadie está aquí! ¡Nadie me quiere matar!

Las voces le gritaron:

—Pues si nadie está contigo y nadie te quiere matar, ¿a qué vienen tus gritos? ¿Es que has enloquecido?

Todos se alejaron burlándose de Polifemo. El gigante apartó la piedra que cerraba la entrada, se sentó allí y gritó:

—¡Ninguno de vosotros saldrá con vida!

—Así tendrás comida para más días —le contestó Ulises. Y mientras tanto ataba los carneros de tres en tres, en el vientre del carnero de en medio se agarraba uno de los hombres y Ulises empujaba los carneros hacia la salida. Polifemo, privado de la vista, oyó el ruido de los carneros, los detuvo, les pasó la mano por encima y convencido de que sólo eran carneros les dejó pasar. Y así fueron saliendo todos los hombres de la cueva. El último en salir fue Ulises.

Ya todos en libertad, dedicaron un recuerdo a los seis compañeros muertos. Ulises hizo una señal a los que estaban en el barco, donde cargaron todos los carneros del rebaño y así se aseguraban la comida para mucho tiempo. Ya embarcados todos los hombres, antes de hacerlo él, gritó:

—¡Eh, cíclope! ¡Al fin has pagado lo que has hecho!

Polifemo, al oírle, lanzó un rugido y se precipitó fuera de la cueva. Ulises aún tuvo tiempo de gritarle:

—Si te preguntan quién te ha vaciado el ojo, di que ha sido Ulises, hijo de Laertes, rey de Ítaca, y uno de los destructores de Troya.

Ulises subió al barco que ya tenía las velas desplegadas y que, aprovechando un viento favorable, se alejaba mar adentro.

Polifemo arrancó una peña enorme y la arrojó al mar, hacia el sitio de donde venían las voces. La peña cayó muy cerca de la nave y levantó tanto oleaje que estuvo a punto de hacerla zozobrar.

Después de otro tiempo de navegación llegaron a la isla Eolia, donde reinaba Eolo, el dios que mandaba en los vientos y los tenía sometidos a su voluntad.

Allí los griegos se quedaron el tiempo de un mes y fueron tratados como huéspedes de honor.

Cuando decidieron seguir su navegación, Ulises rogó a Eolo que les ayudara con vientos favorables, empujando la nave hasta Ítaca, de donde no sabían si estaban muy cerca o muy lejos. Eolo le dijo:

—Estáis a diez días de navegación, si los vientos soplan a favor.

—¿Y con vientos contrarios?

—No temas; esto no ocurrirá.

Y cuando ya se despedían Eolo entregó un odre a Ulises y le dijo:

—Aquí están encerrados todos los vientos contrarios, de tal forma que sólo queda en libertad el viento favorable que os conducirá a Ítaca. Buen viaje, pues.

Embarcaron todos y la nave avanzó con ligereza, empujada por el único viento que la llevaría a Ítaca en pocos días. Y así fue. Al anoecer del décimo día vieron a lo lejos las casas de la isla. Ulises dio gracias a los dioses y ordenó tenerlo todo preparado para desembarcar al amanecer del día siguiente.

Aquella noche, mientras Ulises dormía, uno de los hombres despertó a los otros.

—Me temo —les dijo— que en este odre que Ulises cuida tanto debe existir un secreto. Si lo vaciamos y lo llenamos de agua, Ulises no lo advertirá y podremos enterarnos.

Así lo hicieron. Y al abrir el odre los vientos malos echaron a volar con silbidos estridentes. Y al amanecer del día siguiente la nave, empujada por aquellos malos vientos, se había alejado con rumbo desconocido y ya no se veía, a lo lejos, la silueta de las montañas de Ítaca.

Después de muchos días de navegación, otra vez sin rumbo fijo y sin saber donde estaban, llegaron a otra isla desconocida. Tardaron tiempo en saber que se trataba de la isla de Ea y que allí vivía Circe, a la vez maga y semidiosa.

Circe se había casado con el rey de los sármatas. Vivió algún tiempo con él, hasta su fallecimiento. Después, abandonó el reino, pero su padre Helios la persiguió y la transportó a la isla llamada Ea, que tiempo después, en recuerdo de la diosa, se llamaría también Circe.

Allí, en la isla, Circe vivía en un palacio guardado por lobos y leones domesticados, y por otros animales. Circe tenía la voz melodiosa y con sus cantos atraía a los mortales, lo mismo que las sirenas.

Ulises, llegado a la isla, no desembarcó en seguida. Mandó primero un grupo de veintidós hombres a averiguar si la isla estaba habitada y, caso de estarlo, quiénes eran los habitantes.

Los hombres avanzaron por la isla hasta encontrar un palacio guardado por lobos y leones. Les extrañó que tales fieras, en vez de atacarles, se acercaran a lamer sus manos. No sabían entonces que las fieras no eran sino hombres transformados por

Circe, dueña de la isla.

Una voz melodiosa salía del interior del palacio. Los hombres entraron confiados; Circe les recibió muy amable y les invitó a comer y a beber. Mientras descansaban les preparó un pastel en el que mezcló algunos misteriosos ingredientes. Y al presentárselo les dijo:

—Comed el primer bocado todos a la vez. Es la costumbre en mi palacio, donde en nada hay quien sea el primero ni el postrero.

Todos la obedecieron y todos a la vez quedaron convertidos en cerdos; Circe les echó de allí y los encerró en una pocilga donde fueron recibidos por los gruñidos de otros muchos cerdos.

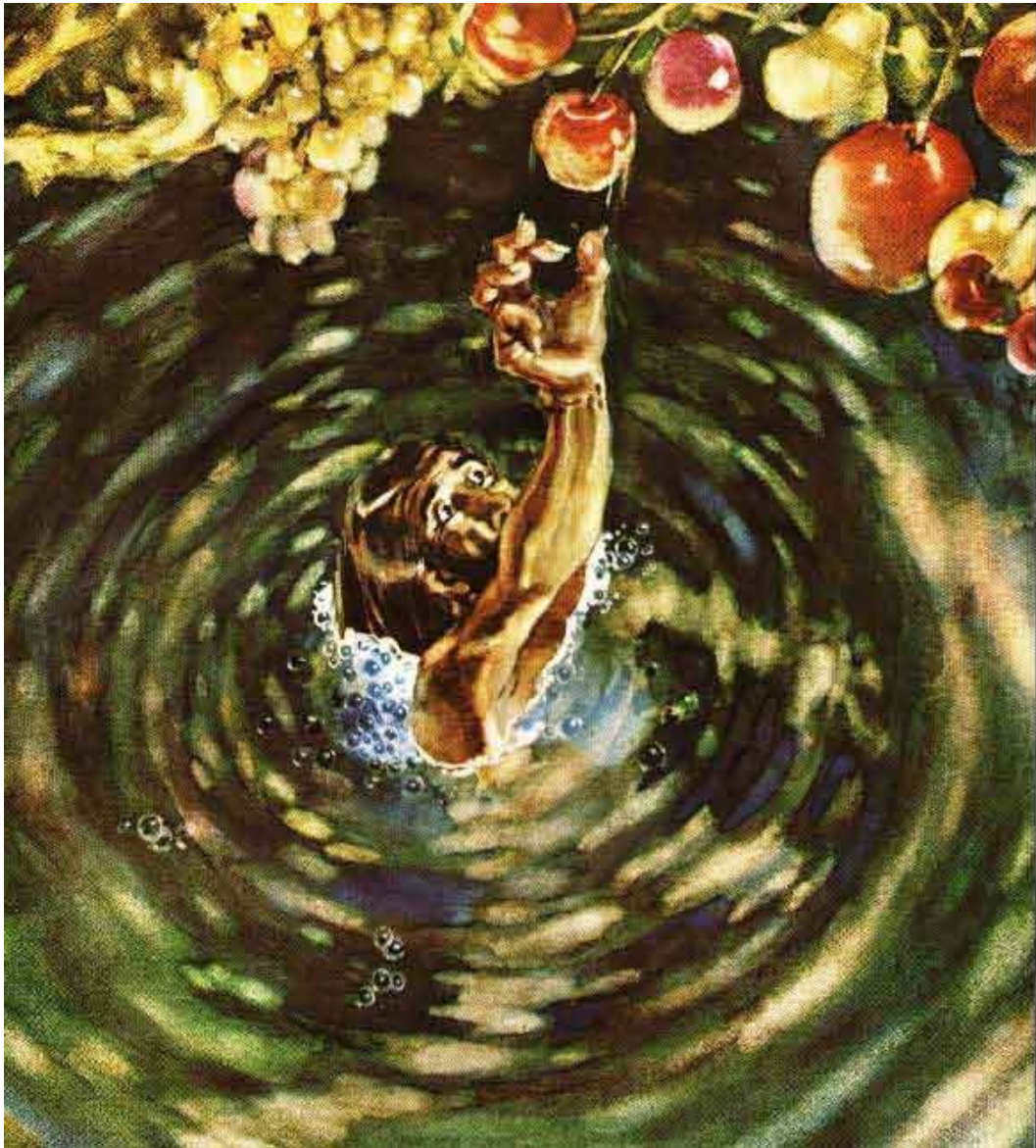
Uno de los hombres se había quedado fuera, sin entrar en el palacio. Vio lo que ocurría y corrió a comunicar la mala noticia a Ulises. La reacción del héroe fue inmediata.

—Voy en seguida a ver a esta mujer.

El hombre no quería dejarle ir. Pero Ulises se desentendió de los buenos consejos, desembarcó y echó a correr hacia el palacio. A mitad del camino le salió al paso un pastorcillo que se dio a conocer como el dios Hermes. Le detuvo, le ofreció una raíz negra con flores blancas y le dijo:

—Guarda esta raíz y mientras la lleves encima quedarás inmunizado totalmente.

Ulises dio las gracias al pastor, guardó la raíz y siguió su camino. No tardó en oír la melodiosa voz de Circe.



Y entró en el palacio, como atraído por la voz.

Circe le recibió con su amable sonrisa y le invitó a beber y a comer. Le preparó una jalea. Ulises la tomó y Circe le tocó la espalda con su vara mágica y le dijo:

—Anda, vete a la pocilga con tus compañeros.

Pero Ulises continuó allí sin que el hechizo tuviera ningún efecto sobre él. Desenvainó la espada y amenazó con ella a Circe. Y ella le preguntó:

—¿Eres, acaso, Ulises?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—El dios Hermes me predijo tu visita y me obligó a jurarle que no te haría daño alguno.

Ulises exigió de Circe que le devolviera a sus hombres, y ella sólo puso una condición: que les devolvería su forma de hombres y les dejaría marchar a todos, si Ulises se comprometía a bajar al reino de las sombras, al reino de Hades y Perséfone y hablar allí con Tiresias, un anciano ciego que había sido profeta en Tebas, el cual le informaría sobre su futuro destino. Ulises le prometió hacerlo. Sus hombres recuperaron la forma, y una vez todos a bordo, Ulises les reunió y les dijo:

—Seguramente pensáis, amigos míos, que ahora vamos a tomar el rumbo directamente a Ítaca. Pero, por desgracia, no es así. Circe nos impone descender al reino tenebroso de Hades, para consultar al adivino Tiresias acerca de nuestro regreso y de lo que ha de sucedernos después.

Los hombres accedieron, mal de su grado, y la nave, empujada por una brisa favorable que le mandó Circe, se alejó mar adentro.

Ulises consiguió bajar a los infiernos, reino de Hades, gracias a las instrucciones que le había dado Circe. Y allí se encontró con muchos antiguos conocidos. Con Agamenón, que había muerto ya, con Patroclo, con Aquiles y con otros héroes griegos fallecidos durante la guerra de Troya.

También vio a Tántalo, que padecía crueles tormentos en el lago. Encima de él colgaban las frutas de altos árboles, y, cuando el anciano levantaba los brazos para tomarlas, el viento se las apartaba.

Apareció después la sombra de Tiresias. Ulises le dijo que estaba dispuesto a escucharle, y Tiresias le habló así:

—Noble hijo de Laertes: tú estás buscando la manera de regresar pronto a tu patria. Pero un dios te hará difícil el regreso y es Poseidón, el dios de los mares. Tú le ofendiste gravemente al dejar ciego a su hijo Polifemo. Sin embargo, tu regreso no es imposible. Cuida, eso sí, de frenar el corazón de tus compañeros. Y te digo desde ahora que tu barco y tus amigos se perderán irremisiblemente y tú solo llegarás a tu patria y será en un barco extranjero. Y en tu hogar no encontrarás más que desolación. Y unos hombres insolentes que devoran tus bienes y que pretenden a tu mujer Penélope. Pero tú les vencerás. Y si quieres apaciguar al irritado dios del mar, cuando sientas que declina tu vida, carga un remo sobre tu espalda y no dejes de andar hasta que llegues a un pueblo cuyos hombres no conozcan el mar ni hayan navegado nunca. Clava allí el remo en tierra, ofrece un sacrificio a Poseidón, y regresa a tu hogar, donde tendrás una vejez dichosa, hasta que la muerte acuda a llevarte consigo.

Conocida la predicción de Tiresias, Ulises pudo abandonar el reino de las sombras y volver a su barco.

Circe había dicho a Ulises que el barco llegaría a la isla de las sirenas y también lo que tenía que hacer para liberarse de ellas y librar a sus hombres.

Las sirenas, hijas de un dios y de una ninfa, compitieron con las musas allá en los tiempos. Vencieron las musas y las sirenas, humilladas, se retiraron a una isla. Desde allí atraían a los navegantes con sus cantos, y si los hombres no sabían resistir y acudían a la isla, las sirenas les atrapaban. Sólo dos héroes consiguieron acercarse a las sirenas, salvar la vida y hasta vencerlas: Orfeo y Ulises. Orfeo, en la expedición de los argonautas, desvaneció el poder de las sirenas con la música de su lira.

Ulises, gracias a los consejos de Circe, consiguió librarse de su atracción.

Después de algunos días de navegación, el barco llegó a la vista de la isla de las sirenas. El viento amainó y los hombres de Ulises tuvieron que usar los remos para

evitar que el barco se detuviera. Ulises comprendió que había llegado el momento peligroso y cumplió todo lo que le había dicho Circe. Reunió a sus hombres y les ordenó que se taponaran los oídos con cera. Ellos se resistían, pero Ulises les amenazó con echarles al mar si no le obedecían. Y le obedecieron. Les ordenó después que a él le amarraran al palo mayor de la nave. Y les dijo:

—Y no me soltéis aunque os lo ruegue a gritos y os lo exija.

Todos le prometieron cumplir esta orden. Ataron a Ulises al palo mayor y sentados en los bancos hicieron avanzar la nave a fuerza de remos. Así pasaron muy cerca de la isla y todos pudieron ver a las sirenas que les saludaban con las manos. Pero únicamente Ulises pudo oír sus cantos. Era tan dulce el tono de las voces que Ulises gritaba:

—¡Desatadme! ¡Desatadme! Y lo gritaba movido por el auténtico deseo de su corazón. Si le hubiesen desatado, se habría arrojado al mar para morir en la isla. Pero los hombres, en vez de desatarle, sujetaron más las ligaduras y no le soltaron hasta que la nave se hubo alejado de la isla y no se podían oír los cantos.

Según el poeta Homero, así era la letra de la canción de las sirenas:

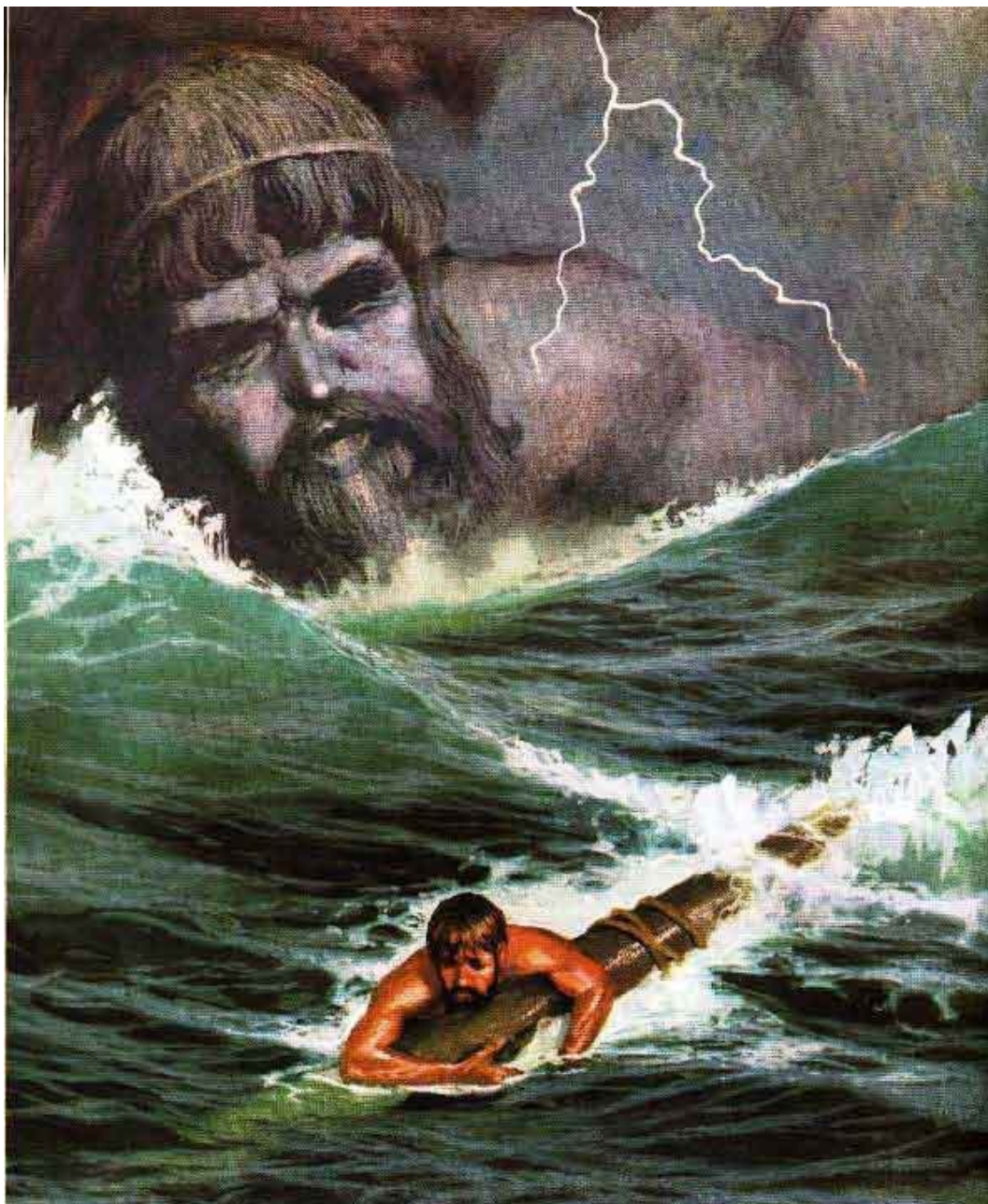
*«¡Ven, Ulises glorioso!
Acércate y detén tu barco para escuchar nuestro canto,
que es dulce como la miel. Todo el que nos escucha
regresa después con más alegría en el corazón
y sabor de muchas cosas, puesto que nosotras,
por un querer de los dioses, sabemos todos los sufrimientos
de los griegos en las tierras troyanas
y todo cuanto acontece en la tierra fecunda».*

Un oráculo había vaticinado que las sirenas morirían en el momento en que un hombre pudiera librarse del hechizo de su canto. Y, en cumplimiento del oráculo, cuando el barco de Ulises se alejaba, las sirenas se arrojaron al mar y desaparecieron para siempre.

Después de otros muchos días de navegación y de otras aventuras en otras islas del mar, Poseidón vio que la nave de Ulises se iba acercando a Ítaca y, considerando que aún no había recibido el héroe suficiente castigo, sopló a los aires y un denso nubarrón negro se extendió entre el barco y el cielo azul. Se desató de pronto un furioso huracán, se rompieron las jarcias y el mástil y los golpes de agua arrebataron uno a uno a todos los hombres, menos a Ulises que fue el único que consiguió mantenerse agarrado a uno de los palos. Un rayo cayó entonces sobre el barco y lo partió en dos. Ulises consiguió agarrarse a un trozo de la quilla que continuaba flotando y así pudo mantenerse hasta que cesó el huracán.

Por espacio de nueve días estuvo flotando a la aventura, hasta que la noche del décimo día fue arrojado por las olas a la isla de Ogiqia, donde vivía la ninfa Calipso,

hija del Océano.



Calipso tenía su morada en una gruta de la isla. Condujo al héroe a la gruta y allí le retuvo durante siete años. Sintió afecto por él desde el primer día y no dejaba de rogarle que se quedara para siempre con ella. Pero Ulises insistía en su deseo de regresar a su patria y a los brazos de su esposa Penélope. Calipso le prometía la juventud eterna si se quedaba en la isla. Y Ulises le decía:

—Prefiero envejecer como los otros mortales junto a mi esposa.

Calipso llegó a ofrecerle la inmortalidad y Ulises prefirió ser mortal y sólo quedar en el recuerdo de los hombres por sus hazañas y su fidelidad.

Al fin, los dioses decidieron que Ulises regresara a Ítaca y Hermes visitó a Calipso y le comunicó la decisión del Olimpo. Calipso obedeció la orden de las divinidades y ayudó a Ulises a construirse una balsa con troncos de los árboles de la isla. Y le dio ropas y comida para el viaje.

La despedida de Ulises y Calipso es uno de los pasajes más bellos de *La Odisea*. Calipso acompañó al héroe hasta la orilla del mar, y estuvo allí viéndole cómo se alejaba, y no dejó de cantar sus más bellas canciones hasta que le perdió de vista.

Poseidón también le vio y, no satisfecho aún, volvió pronto a soplar sobre las aguas y los vientos, mientras Calipso, en su isla, ofrecía sacrificios a los dioses para que concedieran al héroe un regreso feliz.

II

En el país de los feacios

Poseidón, implacable enemigo de Ulises, acumuló las nubes, agitó el mar con su tridente y convocó a los huracanes para que arremetieran contra la balsa de Ulises. Y con tal furia lo hicieron, que el héroe sintió que le temblaban el corazón y las rodillas. Una ola gigantesca se batió sobre la balsa y la quebró en mil pedazos. Ulises se hundió, arrastrado por el peso de las ropas mojadas. Con gran esfuerzo consiguió salir a flote, se despojó de las ropas y se mantuvo nadando a la aventura por espacio de dos días y dos noches. Y así, hasta que divisó una orilla cubierta de bosque, y, antes de que decidiera lo que le convenía hacer, una ola gigantesca le depositó sobre la playa.

Había amainado la tormenta y asomaba el sol entre las nubes. Ulises empezaba a reponerse tumbado en la arena cuando, de pronto, advirtió que no llevaba ropas. No conocía el país y ni tan siquiera si había habitantes en aquella tierra, que le pareció una isla.

Pero estaba agotado y necesitaba descansar hasta recuperar las fuerzas. Vio dos olivos, y al acercarse a ellos descubrió que uno era silvestre y el otro cultivado. Y dio gracias a los dioses por haberle arrojado a un país habitado. Se ocultó entonces entre las ramas bajas de los dos olivos, se hizo un lecho con hojas secas y se echó a dormir.

Aquella isla desconocida por Ulises era el país de los feacios. Allí reinaban Alcinoo y Arete, una mujer, la reina, símbolo de todas las virtudes domésticas.

Nausicaa, hija de Alcinoo y Arete, aquella mañana al levantarse le dijo a su madre:

—Si me das tu permiso, hoy iré al río a lavar la ropa. Tengo mucha cantidad de ropa sucia y quiero tenerla toda limpia por si llega la hora de presentarme al que ha de ser mi esposo.

La reina dio su permiso. Nausicaa, alborozada, corrió a dar las órdenes y pronto estuvieron los caballos atados a tres carros. El río estaba lejos, pero sus aguas tenían la virtud de dejar la ropa limpia sumergiéndola en ellas. Nausicaa y sus doncellas amontonaron la ropa en uno de los carros, mientras la reina les preparaba la comida que se llevarían: pan, viandas y vino; y un frasco de aceite para untarse la piel después del baño.

Nausicaa empuñó ella misma las riendas de uno de los carros. Todo eran risas y canciones. Resplandecía el sol y la princesa y las doncellas se prometían un día feliz al aire libre. Llegaron a la desembocadura del río, muy cerca precisamente del sitio donde Ulises estaba dormido, oculto entre las ramas.

Y las muchachas empezaron su trabajo. Desuncieron los caballos de los carros,

llevaron toda la ropa hasta la orilla del río, la sumergieron en el agua y la tendieron a secar al sol. Terminado el trabajo se bañaron todas. Después se untaron el cuerpo con el aceite perfumado, se vistieron y se sentaron a comer sobre la hierba.

Después de comer, Nausicaa les propuso jugar a la pelota. Nausicaa era la mejor jugadora y raras veces perdía. Le vino la pelota por el aire y cuando ya tenía las manos levantadas para atraparla, la diosa Atenea sopló fuerte y así desvió la pelota hacia el agua del río. Nausicaa no la pudo atrapar y las doncellas celebraron que una vez perdiera, con grandes alborotos de risas y alegrías.

Los gritos despertaron a Ulises. Prestó atención, comprendió que eran voces de mujeres y no se atrevió a salir de su escondite. Lo pensó mejor, desgajó una rama del olivo silvestre, se cubrió el cuerpo con ella y así apareció, de pronto, ante las muchachas.

El aspecto del héroe era deplorable. Tenía todo el cuerpo sucio de barro y ramos de algas prendidas en los cabellos. Más que un mortal, parecía uno de los monstruos que, según la tradición, habitan en la soledad de los bosques. Todas las doncellas se asustaron al verle y echaron a correr. Sólo Nausicaa no se movió. Era la hija del rey y sabía que su obligación era dar ejemplo de presencia de ánimo a los demás. Y sintió también una secreta curiosidad ante la aparición del misterioso desconocido.

Ulises, sin acercarse a ella, le habló con tanta prudencia y mesura, que en seguida la impresionó favorablemente.

—Tanto si eres diosa como si eres mortal, yo te imploro y te pido que me escuches. Si eres diosa, puedes competir en belleza y en gracia con Artemis. Si eres mortal, benditos sean tus padres. Y dejándome llevar por la primera impresión, sólo acierto a decirte que envidio desde ahora la felicidad del hombre que consiga llevarte a su casa como esposa.

Nausicaa se sintió halagada. Y no pudo contestar en seguida porque la emoción le ahogaba la garganta. Nunca había oído palabras de tanta belleza y por ellas sospechó que el forastero era de noble condición, a pesar de su aspecto. Ulises advirtió la turbación que la muchacha no pudo disimular y habló con seguridad.

—Estoy en un momento desgraciado y te ruego que me mires piadosamente. He navegado durante muchos días, la tormenta ha destrozado mi balsa y a duras penas he conseguido llegar nadando hasta esta tierra que me es desconocida. ¡Sé buena conmigo, te lo ruego! Dame ropas para cubrir mi cuerpo y enséñame el camino de la ciudad donde vives. Y que los dioses, en pago, te concedan todo lo que una muchacha de tu edad puede ansiar: un esposo, una casa, hijos que se te parezcan y una vida feliz.



Nausicaa, que ya había perdido el miedo, hizo cuanto pudo, al contestar, para ponerse a la altura de quien le hablaba.

—Éste es el país de los feacios, su rey es Alcinoo y yo soy la hija del rey.

Y ya en su papel de princesa y segura de sí misma, llamó a las doncellas y les ordenó que dejaran sobre un arbusto todo lo necesario para que el desconocido se vistiera. Y también el aceite perfumado para que pudiera untarse el cuerpo después del baño. Y se apartó, como para dejar al desconocido en libertad de movimientos.

Ulises se bañó, se frotó el cuerpo con aceite, se ordenó el cabello, se envolvió en telas limpias, y cuando apareció por segunda vez ante las muchachas estaba deslumbrante como un dios.

Nausicaa ordenó a las doncellas que cargaran la ropa limpia y emprendieran el regreso. Ella subió sola a un carro y rogó a Ulises que la siguiera. Y así emprendieron la marcha. Cuando se divisaron por primera vez los muros de la ciudad, Nausicaa detuvo su carro y habló al forastero en voz lo suficiente alta y fuerte para que las doncellas pudieran oír todo lo que decía.

—Ésta es la ciudad y allí está el palacio de mi padre. Y ahora te ruego que te detengas y no sigas tu camino hasta que nosotras te hayamos adelantado. No quiero exponerme a que me vean entrar en la ciudad en compañía de un desconocido. Sigúenos de lejos y acude después al palacio de mi padre. Pregunta por mi madre y abraza sus rodillas. Si ella te acoge con simpatía, nada podrá impedir que, llegada la hora, sigas tu viaje.

Ulises llegó al palacio del rey Alcinoo y preguntó por la reina. Arete le recibió, Ulises le abrazó las rodillas y le habló con frases tan elocuentes que la reina le llevó a presencia del rey, y Alcinoo le admitió en seguida como huésped de honor.

El día siguiente, Alcinoo organizó juegos de destreza para que sus hijos pudieran lucirse ante el forastero. Los hijos del rey invitaron a Ulises a competir con ellos. Ulises no se decidía y uno de los príncipes se atrevió a hablarle en son de burla.

—Tú no tienes trazas de atleta.

Seguro que eres un mercader. Sí, no hay duda que lo eres.

Ulises, sin contestar nada, tomó el disco y lo lanzó mucho más lejos que ninguno de los príncipes. Les invitó a todos a competir con el arco y ninguno, después de la proeza del disco, se atrevió a aceptar el desafío.

Allí, en el palacio de Alcinoo, Ulises contó las aventuras de su largo viaje de diez años, al principio sin revelar su verdadero nombre.

Durante un banquete, un rapsoda cantó las proezas de los héroes griegos en la guerra de Troya, de Aquiles y de Ulises. El forastero, al oír el canto de sus proezas y al saber así de que en Grecia le creían muerto, sintió en los ojos el calor de una lágrima y se cubrió el rostro con el manto. Alcinoo, al ver que se cubría, temió que aquellas evocaciones no eran de su agrado y mandó callar al rapsoda.

Durante la estancia de Ulises en palacio, una sola vez se encontró con Nausicaa. Las mujeres no participaban allí en las reuniones de los hombres. Y Nausicaa, que sospechaba que no tendría ocasión de hablarle otra vez le dirigió un ruego:

—Acuérdate de mí, forastero, cuando estés en tu patria.

La contestación de Ulises quedó grabada para siempre en el corazón de Nausicaa:

—Tú me has salvado la vida. Si Zeus permite que regrese vivo a mi casa, te veré siempre en el recuerdo como una diosa.

Aquella fue la última vez que se hablaron y la última vez que pudieron verse de cerca, a pesar de que Ulises se quedó mucho tiempo con los feacios, como huésped del rey, mientras le construían un barco.

En ninguna versión legendaria se vuelve a hablar de Nausicaa. No se sabe si llegó a casarse, ni si fue feliz con su marido. Nausicaa es una bella figura de mujer, cuya misión en la leyenda heroica es dar testimonio sentimental de que Ulises, el héroe auténtico, inspiró grandes simpatías y afectos.

Cuando Ulises dejó su palacio y a su esposa para acudir en ayuda de Menelao, su hijo Telémaco sólo tenía algunos meses. La guerra de Troya había durado diez años y otros diez años el largo viaje de Ulises a través de los mares. Y cuando Ulises

abandonó el país de los feacios, Telémaco era ya un hombre de veinte años, muy parecido en el aspecto a su padre y físicamente fuerte y vigoroso.

Pero el palacio de Ulises ofrecía un triste aspecto. Ni la hermosa Penélope ni su hijo Telémaco podían actuar como dueños del palacio. Todos los héroes griegos que participaron en la guerra de Troya habían regresado ya. Todos, menos Ulises, y en Ítaca todo el mundo le daba por muerto.

En la isla de Ítaca vivían otros guerreros poderosos y entre ellos doce príncipes que pretendían la mano de la reina Penélope, todavía joven y bella, pues se había casado a los quince años y sólo contaba entonces treinta y cinco.

A los doce pretendientes de la misma Ítaca se sumaban otros veinticuatro llegados de la vecina isla de Same, veinte llegados de Zacinto y veinticinco de Duliquiso. Ochenta y un pretendientes en total, que se habían establecido en el palacio y allí comían y bebían todos los días, y se entregaban a continuas fiestas, amenizadas por un rapsoda que les cantaba las proezas de la guerra de Troya.

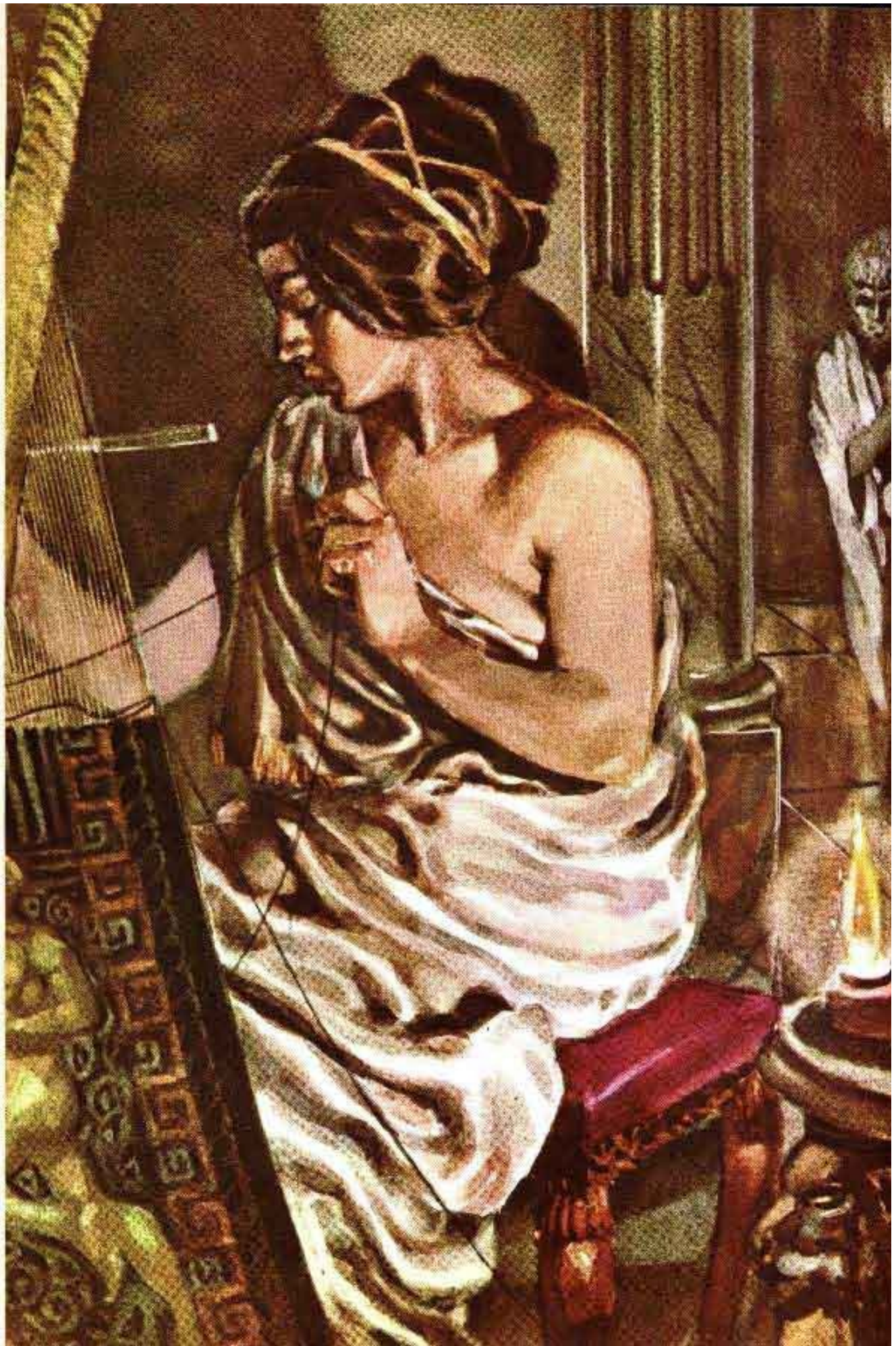
Los pretendientes, con sus alegrías y despilfarras, consumían todas las riquezas del rey ausente y se comportaban con gran insolencia, como si ellos fuesen allí los únicos dueños.

Un día, Telémaco, que sentía arder en sus venas la sangre de su padre, se sentó a comer con los pretendientes y al final de la comida se levantó y les dirigió la palabra:

—Está bien que comamos y bebamos y gocemos de la vida; pero también hace falta que nos ocupemos de otras cosas importantes. Mañana celebraremos asamblea ante el pueblo, y yo os propondré que regreséis a vuestras casas, pues ya es tiempo de que disfrutéis también de vuestras propias haciendas y no sigáis consumiendo sin cesar la hacienda de mi padre que, por herencia, me pertenece.

Ninguno de los pretendientes le contestó, sorprendidos todos por la entereza y la resolución del muchacho. Al día siguiente, Telémaco ordenó al heraldo que convocase la asamblea de ciudadanos y que invitase a ella a los pretendientes. Cuando ya el pueblo estuvo reunido, se presentó Telémaco, que empuñaba una de las lanzas de su padre y que se había vestido con antiguas ropas también de su padre. Al verle aparecer, todo el pueblo le contempló con asombro. Los ancianos le cedieron respetuosos el sitio y Telémaco se sentó en el sillón de su padre Ulises. Y cuando le concedieron la palabra, habló así ante todos:

—Os ruego que me escuchéis a pesar de mi juventud. Primero perdí a mi heroico padre, vuestro señor, y ahora mi casa se halla casi en la ruina y todos mis bienes se van consumiendo. Mi madre Penélope se ve rodeada de pretendientes que día tras otro residen en nuestra casa sin que nadie les haya invitado, sacrifican las reses para comérselas, celebran banquetes a costa de nuestras ovejas y nuestras cabras y se beben el vino de nuestras bodegas. Una cosa os pregunto: ¿qué puedo hacer yo contra todos ellos?



Esperó un rato, y, dirigiéndose a los pretendientes, continuó:

—Reconoced vosotros mismos vuestros abusos y la injusticia de vuestra conducta, avergonzaos ante los vecinos y temed la ira de los dioses. ¿Es que acaso mi padre os ofendió? ¿Es que acaso yo os he causado algún daño, para que toméis el desquite en esta forma? Y vosotros, sin ninguna razón, acumuláis en mi alma un dolor inmerecido.

Telémaco se cubrió el rostro con la mano, como para disimular las lágrimas que no había podido reprimir.

Uno de los pretendientes, llamado Antinoo, que era como el jefe del grupo, fue el único que se levantó a contestar y lo hizo a voz en grito:

—¿Cómo te atreves, mocito orgulloso, a dirigirnos este insulto? No somos nosotros, los pretendientes, los culpables de todo esto que dices, sino tu madre, que es una mujer astuta y nos ha estado engañando a todos durante mucho tiempo.

A continuación refirió el ardid con el que Penélope había evitado, durante todo el tiempo, dar a los pretendientes una contestación definitiva acerca de su elección. Dijo que Penélope había prometido su favor a todos los pretendientes uno a uno, y que a todos les había mandado engañosos mensajes, mientras ella pensaba todo lo contrario de lo que decía. Que había comenzado a tejer una tela en su habitación y que un día dijo a todos los pretendientes reunidos que aquella tela era el lienzo mortuario destinado a Laertes, el padre de Ulises, y que no tomaría ninguna decisión hasta después que lo hubiese terminado.

Y que habían pasado tres años y el lienzo no se terminaba nunca. Y que ellos, los pretendientes, sospechando que Penélope les engañaba, habían sobornado a una de las criadas para que espicara a la reina. Y que la criada les había dicho que Penélope tejía durante el día y durante la noche deshacía todo el trabajo hecho. Y que era así como la tela no se terminaba ni se terminaría nunca. Y que entonces ellos, ya descubierto el engaño, habían dado a Penélope un plazo para terminar su trabajo. Y que cumplido el plazo la obligarían a elegir como esposo a uno de ellos. Y terminó con estas palabras:

—Pero si tu madre sigue burlándose de nosotros, seguiremos aquí, consumiendo tus bienes, y nos marcharemos de tu casa para regresar a las nuestras, hasta que ella haya elegido esposo.

Telémaco les preguntó:

—¿Y si mi padre vive?

Y Antinoo se echó a reír.

—Nada hay tan seguro como que tu padre murió, hace tiempo, en algún lejano país.

Telémaco solicitó entonces a la asamblea que le facilitara una nave con una tripulación de veinte remeros, con el fin de trasladarse a Esparta, en busca de noticias de su padre. Y que si resultaba que su padre estaba vivo, aguardaría un año más sin consentir que su madre eligiera a otro. Y si resultaba que su padre había muerto,

estaría de acuerdo en que su madre se casara con otro.

Uno de los pretendientes, antes de que el pueblo tomara ninguna decisión, gritó:

—¡Pues que venga Ulises si es que vive! Y si nos sorprende en un festín, ya veremos si él termina con nosotros o nosotros con él.

Todos los pretendientes se echaron a reír y la asamblea se disolvió sin haber adoptado resolución alguna. Cada cual se fue a su casa, y los pretendientes volvieron al palacio de Ulises.

La misma noche, Telémaco llamó a la vieja Euriclea, que había sido nodriza de su padre Ulises. Corrió el cerrojo de la puerta para que nadie pudiese escucharle, y le dijo:

—Vas a hacer lo que yo te diga. Me subes sin tardar doce jarras de vino y las tapas bien. Echas en odres veinte medidas de harina bien molida y los atas bien, de forma que se pueda escurrir la harina. Y me lo dejas todo dispuesto, pues antes de la noche, cuando ya mi madre esté en su aposento, vendré a llevármelo. Cuando hayan transcurrido doce días, o cuando me eche en falta, le dirás que me marché a Esparta en busca de noticias de mi padre.

La buena nodriza Euriclea le prometió, con lágrimas en los ojos, que lo haría todo tal como le decía.

Entretanto, la diosa Atenea había tomado la figura de Telémaco y había reclutado hombres de mar para que tripularan el barco. Y el barco lo había pedido prestado a un acaudalado ciudadano. Después aturdió las mentes de los pretendientes y les dejó sumidos en un sueño profundo. Tomó después la forma del viejo Méntor y aconsejó a Telémaco que no demorara por más tiempo su partida.

—No tengo barco —le dijo Telémaco.

—Sí lo tienes —le contestaba el fingido Méntor—. Yo mismo te lo he conseguido.

Méntor le llevó a la playa y allí estaba el barco y en el barco los hombres de la tripulación, que estaban cargando provisiones a bordo. El fingido Méntor y Telémaco subieron al barco y muy pronto fueron izadas las velas y un viento favorable le llevó con buen rumbo durante toda la noche y algunos días más, todos con sus noches, hasta llegar a Lacedemonia donde desembarcaron y desde donde se dirigieron sin pérdida de tiempo a la ciudad de Esparta.

En Esparta fueron recibidos por el rey Menelao, y allí conocieron a Helena, que había vuelto con su esposo y que ocupaba otra vez el trono junto a él. Los reyes les sentaron a su mesa, y Helena le decía a Menelao:

—En todo el mundo no he visto a nadie que tanto se parezca al difunto Ulises.

Y entonces Telémaco, enorgullecido por el parecido con su padre, se dio a conocer.

—Yo soy Telémaco, el hijo de Ulises. Y si he venido a Esparta, sólo ha sido para averiguar si alguno de vosotros puede darme noticias de mi padre.

Nadie se las pudo dar. Todos le dijeron que Ulises había desaparecido diez años

antes, después de destruida la ciudad de Troya y que desde entonces no se había vuelto a saber nada del héroe. Y que lo más probable era que Ulises hubiese muerto, como tantos otros.

Menelao y Helena pidieron a Telémaco que se quedara algunos días con ellos. Pero Telémaco, después de darles las gracias, rehusó la invitación. Y Menelao le obsequió con una copa de plata con borde de oro, obra del dios Hefesto. Y en señal de despedida ofreció al huésped un banquete de cabras y ovejas.

Alcinoos había adivinado que el hombre que tenía hospedado en su palacio era el propio Ulises, rey de Ítaca. Ulises ya no tenía ningún motivo para ocultar la verdad y dijo al rey que así era en efecto. Y entonces Alcinoos le facilitó todos los medios para que pudiera regresar a su país.

El rey mandó construir un barco, hizo que fuesen llevadas al navio las provisiones necesarias para un largo viaje, y mandó preparar un gran banquete de despedida. Al final del banquete, Ulises bebió en acción de gracias a Alcinoos y se despidió de todos con palabras emocionadas.



—Ahora ya sólo deseo —dijo— encontrar en mi casa a mi esposa Penélope, a mi hijo y a todos mis antiguos amigos en buen estado de salud. Y avosotros, mis buenos amigos, os deseo que los dioses os concedan toda suerte de bendiciones.

Y después de sus palabras, abandonó el palacio. Un heraldo le acompañó hasta el barco donde ya estaban en sus puestos todos los de la tripulación y las velas a punto de ser izadas. Ulises subió al barco, fueron soltadas las amarras y la nave se hizo a la mar. Ulises se había acostado sobre una velluda piel, en la misma cubierta, y pronto el dios del sueño le cerró suavemente los ojos.

Después de algunos días de navegación, el barco llegó a la isla de Ítaca. Los tripulantes aprovecharon que Ulises continuaba dormido y le bajaron a tierra. Allí le dejaron, a la sombra de un viejo olivo, sin atreverse a despertarle, convencidos de que un sueño tan largo y profundo sólo podía ser debido a la voluntad de los dioses. Y todos volvieron a subir al barco, los remeros ocuparon sus puestos y la nave se alejó suavemente.

El barco de los feacios no regresó jamás a su patria. El dios del mar, Poseidón, enojado por la forma cómo los feacios habían facilitado el regreso de Ulises, emergió del agua, dio un manotazo a la embarcación y volvió a sumergirse. Y el barco y los tripulantes quedaron convertidos en una gran peña arraigada en el fondo del mar, y allí continúan y allí estarán hasta el fin de los siglos.

Ulises despertó en el suelo de su patria. Pero llevaba tantos años ausente que no reconoció el país. Ni se habría reconocido a sí mismo si se hubiera visto, porque la diosa Atenea, para evitar que en Ítaca le reconocieran en seguida, le había transformado, mientras dormía, en un hombre distinto, más envejecido, con el cabello escaso y blanquecino ya.

Ulises echó a andar y pronto empezó a reconocer el país. Recordó que allí cerca vivía un pastor que le había guardado el rebaño. Era un pastor que se llamaba Eumeo y que había servido siempre con toda fidelidad la casa de Ulises. Y Ulises, con su aspecto de viejo mendigo, se dirigió a la morada del pastor.

III

Victorias de Ulises

Cuando Ulises llegó a la majada donde se guardaban los rebaños, Eumeo estaba cortándose unas sandalias de una piel de toro. Sus ayudantes estaban lejos, en los prados, con los rebaños, y Eumeo había quedado solo allí, con sus dos perros, de los que nunca se separaba.

Los perros fueron los primeros en advertir la presencia del viejo mendigo y se abalanzaron sobre él. Eumeo acudió en seguida, ahuyentó a los perros y dirigiéndose a su antiguo señor, al que tomó por un mendigo, le dijo:

—Anciano, si mis perros te hubiesen despedazado, otro pesar se habría añadido a los muchos que me abaten desde que mi amo desapareció. Aquí me tienes engordando sus cerdos para gentes extrañas que se los comen en continuos festines, sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

Dicho esto le hizo entrar en la cabaña y le dio comida y vino. Ulises le agradeció tan buen recibimiento, y el pastor le dijo:

—Nunca se debe despreciar a un forastero, aunque sea el más humilde. Come, buen hombre, de lo que tenemos. Y no puedo ofrecerte nada mejor, pues los pretendientes de la reina Penélope se lo llevan todo, sin que nadie se atreva a enfrentarse con ellos.

Y le fue contando todo lo que sabía de lo que estaba ocurriendo en el palacio real. Y varias veces lamentó la ausencia de Ulises y expuso el temor y casi la seguridad de no verle nunca más de regreso por allí. Y entonces Ulises le habló así:

—Pues yo, hasta con juramento, puedo decirte una cosa: que Ulises volverá. Y no terminará este mes, que no haya regresado a su casa, donde castigará a esos que están importunando a su esposa. Y, según he oído contar en otras tierras, Ulises tenía un hijo, que ya debe ser un hombre ahora. ¿No manda este hijo en la casa de Ulises?

Eumeo contó entonces todo lo que sabía de Telémaco, el hijo de Ulises. Que los pretendientes de Penélope no le respetaban ni le dejaban mandar en nada y que Telémaco se había marchado a Esparta en busca de noticias de su desaparecido padre.

En este punto de la conversación llegaron los otros pastores con los rebaños y los cerdos. Eumeo ordenó que se sacrificara un cerdo de cinco años, bien cebado, en honor a su huésped. Ulises les dijo a todos que al amanecer seguiría su camino hasta la ciudad, y que iría a palacio y ofrecería sus servicios a los pretendientes.

Eumeo intentó disuadirle, sin conseguirlo. Ulises le pidió que le contara todo lo que supiera del ausente Ulises y de sus padres. Eumeo le dijo que del ausente no sabía nada, ni esperaba volver a verle. Que la madre de Ulises había muerto sucumbiendo así al dolor del hijo desaparecido. Que el padre vivía aún, muy

envejecido, sin encontrar consuelo por la pérdida del hijo ausente. Y que Penélope, que entonces reinaba en Ítaca, nada podía hacer en socorro de nadie, porque estaba siempre rodeada y vigilada por los pretendientes que no dejaban que ningún servidor fiel se le acercara.

Y así Ulises empezó a enterarse de todo lo que ocurría en Ítaca y en su palacio y de lo mal que habían ido las cosas durante su ausencia.

Aquella misma mañana, Telémaco regresaba a Ítaca después de su viaje a Esparta. Y en vez de dirigirse en seguida a palacio, prefirió pasar unos días en el campo, con los pastores, para meditar entretanto lo que podía hacer.

Ulises y Eumeo estaban preparando su desayuno, cuando oyeron el ruido de los pasos de alguien que se acercaba. Los perros se pusieron al acecho, pero sin ladrar, y movían el rabo como alegrándose de la llegada de alguien conocido. Ulises se dio cuenta y le dijo al pastor:

—Seguro que viene a visitarte algún amigo, pues con los extraños tus perros se comportan de modo muy distinto. ¡Bien he tenido ocasión de saberlo!

Acababa de decir esto cuando apareció Telémaco en el marco de la puerta. Eumeo, al verle, corrió a abrazarle y le cubrió de besos el rostro y las manos. Telémaco preguntó quién era el forastero y Eumeo le repitió la historia fantástica que le había contado Ulises, de un viaje y un naufragio y de haber llegado a nado a la isla. Y que el forastero pensaba ir a la ciudad y al palacio. Y le rogó que le protegiera.



—¿Cómo puedo protegerle, si en mi casa no cuento para nada? —dijo tristemente Telémaco—. Mejor será que se quede aquí y que tú cuides de él.

Por todo lo que añadió después Telémaco, Ulises supo que estaba en presencia de su hijo. Y le oía hablar, sin enterarse de las palabras, absorto en la contemplación de quien las pronunciaba.

Ulises, por consejo de Telémaco, retrasó su ida a la ciudad y al palacio, donde mandaban los pretendientes.

A la mañana siguiente, mientras Ulises daba un paseo a solas pensando lo que debía hacer, se le apareció su protectora la diosa Atenea y le dio una buena noticia.

—No tienes necesidad de seguir ocultándote a tu hijo —le dijo—. Ha llegado la hora de que los dos os presentéis en palacio a castigar a los pretendientes como merecen. Yo os prometo mi ayuda y me reuniré con vosotros siempre que sea necesario.

Le tocó con su vara de oro y Ulises recuperó su figura, de modo que era imposible no reconocerle. Creció su talla, la piel se puso tersa, se llenaron sus mejillas, se le ennegreció la barba y le reapareció cabello abundante en la cabeza.

Así transformado regresó Ulises a la cabaña. Telémaco quedó sorprendido al verle, lo mismo que si estuviera en presencia de un dios. Y le habló sin atreverse a

levantar los ojos.

—Extranjero, tu aspecto ha cambiado mucho. Tus vestidos son los mismos, pero tu figura se ha transformado. Si eres un dios, permite que te ofrezca un sacrificio y te ruegue que me protejas.

—No; no soy un dios —contestó Ulises al tiempo que le miraba con dulzura paternal.

—Pues, ¿quién eres entonces?

—¿Quién desearías que fuese?

Telémaco dio la contestación que su padre esperaba.

—Un hombre de aspecto tan noble como el tuyo... Sólo puedo desear que seas mi padre y sentir al mismo tiempo el dolor de que este deseo no pueda cumplirse.

Y Ulises, abriendo los brazos, le dijo, al fin:

—Pues este deseo se ha cumplido. Soy tu padre. Sí, hijo mío, soy yo, que regreso a mi patria y a mi casa después de veinte años de ausencia. Sí, antes tenía aspecto de mendigo. Es obra de la diosa Atenea, que me transforma para evitar que se me reconozca cuando así conviene, y me vuelve a mi verdadera forma cuando es necesario para darme a conocer a mi hijo, del que me separé cuando sólo tenía unos meses.

Ulises contó a su hijo, en pocas palabras, algo de la gran aventura de su largo viaje a través de los mares. Y Telémaco contó a su padre todo lo malo que estaba ocurriendo allí por la insolencia de los pretendientes.

—Nómbramelos uno a uno —le dijo Ulises— para que yo sepa quiénes son y cuántos. He de calcular si nosotros dos nos bastaremos para vencerles o si hemos de buscar aliados.

Telémaco le dijo que dos buenos aliados los tenían asegurados: uno el pastor Eumeo y el otro un buen pastor cuyo nombre dio. Y que por entonces, tal como estaban las cosas, era difícil contar con nadie más. Y también sería muy difícil vencer a los pretendientes, puesto que ellos eran muchos, más de ochenta, y además con ellos estaban sus criados, un heraldo, un cantor y dos cocineros.

Ulises dijo entonces a su hijo todo lo que pensaba hacer y cómo creía triunfar con ayuda de los dioses.

—Atenea y Zeus son aliados nuestros y, una vez estalle la guerra en mi palacio, no tardarán en acudir a ayudarnos. Lo que vamos a hacer es esto: en cuanto amanezca otro día, tú te irás a la ciudad y te presentarás en casa, entre los pretendientes, como si nada hubiese ocurrido, ni hubieses obtenido, en Esparta, ninguna noticia de tu padre. Le dirás toda la verdad a Eumeo y al otro pastor fiel. Y a nadie más. Atenea me transformará otra vez en viejo mendigo y bajo este disfraz iré yo a la ciudad y a mi casa, acompañado por Eumeo. Sean cuales sean los insultos que me dediquen los pretendientes y aunque veas que me arrojen objetos o que me arrastran por los pies hasta la puerta, tú sabrás dominar tu corazón y lo soportarás todo en silencio. Todas las armas y escudos que cuelgan en los muros de la sala los retirarás y los guardarás

en un aposento del piso alto. Y si los pretendientes notan su falta, les dirás que lo has hecho porque el humo de la chimenea los ha ennegrecido y les ha hecho perder el brillo que tenían en tiempo de tu padre. Por lo demás, nadie debe saber nada de mi vuelta, ni mi padre Laertes ni tu madre Penélope. Y así tú y yo podremos poner a prueba a todos nuestros servidores para saber quiénes han permanecido fieles a nuestra casa y quiénes nos han traicionado prestando su ayuda a los pretendientes.

Telémaco, que había heredado la prudencia de su padre, le dijo que probar a las sirvientas de la casa sería tarea fácil. Y que probar a los trabajadores de las alquerías, mejor sería dejarlo para después, cuando ya volvieran a ser dueños del palacio y de todo lo que les pertenecía.

Ulises y Eumeo llegaron ante el palacio, de donde el héroe había salido veinte años antes. Eumeo, a pesar de que sabía la verdad, no estaba del todo convencido de que aquel viejo mendigo fuese de veras Ulises. Antes de entrar en palacio dieron algunas vueltas a su alrededor y se detuvieron en el patio de las cocinas.

Allí estaba dormido un viejo perro, ya con muchos años de vejez encima, que apenas podía andar y que sólo esperaba la muerte y pasaba sus últimos días tumbado al sol.

Era el perro *Argos*, el mismo que muchos años antes había defendido a Ulises joven de un jabalí que le atacaba y que le mordió la pierna. Ulises había querido mucho a su perro desde entonces y antes de marchar a la guerra de Troya lo llevaba siempre con él. Eumeo señaló el perro dormido.

—Éste es el viejo perro de Ulises. Está tan viejo que ya no conoce a nadie y sólo espera la muerte.

Ulises se acercó al perro, reconoció a su antiguo compañero de cacerías y dijo:

—Bien se le ve que no debió de ser un mal amigo del hombre, y que por su corpulencia sería buen perro cazador.

—Cierto —dijo Eumeo—; éste era el perro favorito de Ulises. Digo, tu perro favorito, en aquellos tiempos. Pero ahora ya es incapaz de conocer a nadie.

Ulises se inclinó a acariciar la cabeza del perro. Y el perro levantó la cabeza, y sin ver a Ulises, puesto que sus ojos ya estaban ensombrecidos, olió en el aire un antiguo olor muy conocido. Se levantó, agitó el rabo y buscó la mano de Ulises para lamerla.

—¡Te ha reconocido! —gritó Eumeo, ya convencido de que el viejo mendigo era el mismo Ulises.

Y el perro, vencido por la emoción, agachó la cabeza y quedó muerto a los pies de su antiguo dueño Ulises, cuya presencia había adivinado por el olor, después de veinte años de no verle.

De acuerdo con el pastor Eumeo, Ulises entró en su palacio disfrazado de mendigo. Su propósito era pedir limosna a los pretendientes uno después de otro y conocer así quiénes de ellos eran generosos y quiénes eran incapaces de socorrer al prójimo.

Cuando Antinoo, el jefe de los pretendientes, vio al mendigo llamó a Eumeo y le

dijo:

—¿Por qué has traído a ese hombre a la ciudad? ¿No tenemos bastantes vagabundos para que recojas a cualquiera que encuentres por el camino?

Eumeo le dio una contestación en la que demostraba su buen sentido. Le dijo:

—Nadie va a buscar a los mendigos. A quienes buscamos son a los que ejercen una profesión, un médico, un adivino, un carpintero o un rapsoda que nos alegra la vida con sus canciones. Al mendigo nadie le llama. Viene él solo y lo único que se hace, si se conoce la compasión, es no echarle, al menos antes de haberle socorrido. Y este mendigo no saldrá de aquí mientras alguien no le socorra o mientras no le echen los dueños de la casa que son Penélope y Telémaco.

Telémaco, que les escuchaba, intervino en la conversación.

—No repliques a este hombre, Eumeo, pues ya sabes que es un insolente y lo mucho que le gusta ofender. Y tú, Antinoo, oye lo que te digo: no eres mi tutor, sino mi huésped. Y en cuanto a este pobre mendigo, lo mejor que puedes hacer es socorrerle, aunque todos sabemos que prefieres quedártelo todo tú a socorrer a los demás.

Antinoo se echó a reír y gritó a los otros pretendientes:

—¡Ya veis como este mocito se atreve a insolentarse conmigo! Y la verdad es que si cada uno de los pretendientes diera limosna a este mendigo, pronto dejaría de serlo y hasta le veríamos engordar.

Estaba diciendo esto cuando Ulises se le acercó y, humildemente, como un verdadero mendigo, le pidió limosna. Antinoo, en vez de socorrerle, le gritó:

—¡Apártate, viejo! ¡Fuera de aquí!

Ulises le volvió la espalda y se alejó lentamente. Y entonces Antinoo tomó un taburete, lo levantó y lo arrojó sobre el mendigo. Le dio entre el cuello y la espalda. Ulises no se movió. Permaneció en pie, firme como una roca, y se limitó a mover en silencio la cabeza. Antinoo continuó con sus gritos:

—¡Lárgate de aquí, mendigo, si no quieres pasarlo mal! Nada te daré por más que pidas...

Las palabras de Antinoo indignaron a los pretendientes, y uno de ellos le gritó:

—Haces mal, Antinoo, en maltratar así a este mendigo. ¿Y si fuese un mensajero de los dioses en figura humana? No sería el primer caso.

El joven Telémaco contemplaba todo aquello en silencio sin intervenir, pues no había llegado la hora. Se limitaba a cruzar miradas con Eumeo y con ellas se comunicaban sus mutuos pensamientos.

Desde sus habitaciones, Penélope había oído las voces de Antinoo. Sintió compasión por el mendigo, llamó al pastor Eumeo y le ordenó que trajera al anciano a su presencia. Dio esta razón:

—Este mendigo parece haber corrido mucho mundo y tal vez pueda darme noticias de mi esposo.

—Es muy posible —le dijo Eumeo—. Yo he tenido al mendigo alojado en mi

casa durante tres días y me ha contado muchas historias de sus largos viajes. Y más te diré: este hombre es de la isla de Creta y afirma que hace años tuvo albergado a tu esposo. Por lo que dice da a entender que Ulises vive y que no tardará en presentarse, quién sabe si cargado de riquezas.

Al oír esto, Penélope no pudo dominar su impaciencia.

—Quiero hablar con este hombre y te ruego que lo hagas venir a mi presencia para que me cuente todo lo que sabe. Corre a buscarle, te lo ruego.

Eumeo corrió a comunicar a Ulises el deseo de Penélope, pero Ulises no quiso verla aún. Dijo:

—Todavía no ha llegado la hora. Dile a Penélope que reprima su impaciencia hasta la puesta del sol, y entonces iré a visitarla y a calentar mi cuerpo junto al fuego de su hogar.

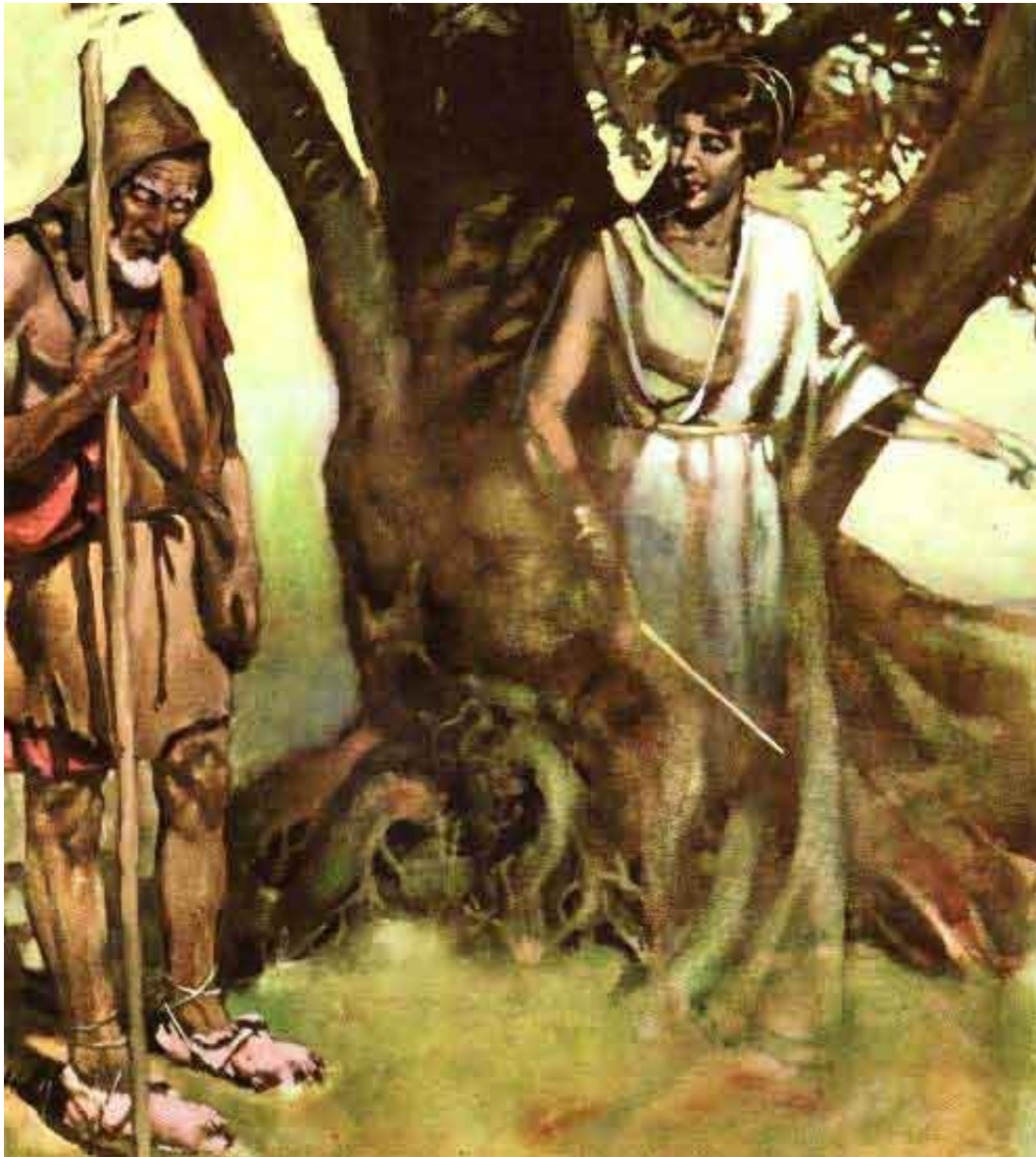
Eumeo transmitió la respuesta del mendigo y Penélope se resignó a esperar. Después, Eumeo quería retirarse y Telémaco le rogó que se quedara allí hasta el anochecer.

Entró entonces en la habitación un mendigo llamado Iro, muy conocido en la ciudad, que era hombre de gran corpulencia y muy glotón. El nombre de Iro, que significa mensajero, se lo habían puesto los hombres de allí, pues les llevaba mensajes a cambio de alguna retribución.

Iro supo que otro mendigo había llegado al palacio de Penélope; la cosa no le gustó y acuciado por el miedo de que otro le quitara el puesto se fue al palacio a ver lo que ocurría.

En seguida vio a Ulises y comprendió, por su aspecto, que era el mendigo, su competidor. Y le gritó:

—¡Fuera de aquí, viejo! ¿No ves como todos me hacen señales para indicarme que te arrastre fuera de aquí? Vete por las buenas y no me obligues a darte una paliza y a echarte.



Ulises le miró y sin levantar mucho la voz, humildemente, le dijo:

—En este palacio hay sitio suficiente para dos mendigos. Me parece que tú eres tan pobre como yo y sólo te ruego que no me envidies, como tampoco yo te envidio a ti. Pero no me provoques, porque esto no lo tolero. Y si quieres medir tus fuerzas conmigo, estoy dispuesto. Aunque soy viejo, no me costaría mucho hacerte sangrar por las narices y la boca, como una invitación a morir de vergüenza.

Iro, que era hombre de apariencia fuerte, se echó a reír.

—No presumas —gritó—. Con un par de bofetadas que te dé, haré saltar todos tus dientes y te dejaré el hocico lastimado. Eso, si es que te atreves a medir tus fuerzas con un hombre joven y fuerte como yo.

Antinoo había escuchado las palabras que se cruzaron los mendigos, llamó a los pretendientes y cuando les tuvo reunidos, les dijo:

—Vamos a aprovechar la ocasión de pasar un buen rato. Allí, sobre las brasas, hay unos buenos trozos de carne que se están asando. Los ofreceremos como premio al mendigo que salga vencedor en la contienda. Y de aquí en adelante será el único mendigo que tendrá derecho a poner los pies en esta casa.

Iro aceptó en seguida. Ulises se mostró vacilante, como si tuviera el miedo natural de la edad que entonces representaba. Al fin exigió una condición para luchar con Iro: que ninguno de los pretendientes intervendría en la lucha a favor del otro mendigo. Todos le prometieron no intervenir, y Telémaco le dijo:

—Extranjero, yo te aseguro que nadie ayudará a ninguno de los dos. Yo soy quien te da hospitalidad, y si alguien no cumple las condiciones impuestas se entenderá conmigo.

Todos los pretendientes estuvieron de acuerdo con las palabras de Telémaco. Ulises se apartó, se ciñó el andrajoso vestido con una cuerda y se subió las mangas. A la vista de sus brazos fuertes y musculosos todos quedaron sorprendidos y más aún a la vista de sus poderosos hombros y de su pecho robusto. Iro empezó entonces a temer su derrota. Le temblaban las carnes y miró hacia la puerta, como con el propósito de huir. Antinoo le gritó:

—Si te da miedo la lucha, más te valdría no haber nacido. ¿Tiemblas ante un anciano? Yo te aseguro que si te vence, te mandaré a Epiro, donde gobierna un tirano que te castigará sin piedad. ¡Vamos! No seas cobarde.

Los pretendientes obligaron a Iro a avanzar frente a Ulises. Los dos combatientes levantaron los brazos, se observaron y empezó el combate. Ulises no mostró ninguna precipitación. Estaba seguro de su fuerza y esperó que Iro fuese el primero en atacar. Iro le largó el primer puñetazo, que Ulises supo esquivar y el puño de Iro sólo le rozó el hombro. Ulises dejó que Iro debilitara sus fuerzas en otros golpes inútiles, pues todos fueron esquivados y ninguno dio de lleno en su objetivo. Iro se impacientaba y, cegado por el coraje y la impotencia, acometió a Ulises sin advertir que dejaba su cabeza al descubierto. Ulises le vio llegar sin miedo y le dio un puñetazo tan fuerte detrás de la oreja, que el mendigo cayó al suelo derrotado, presa de convulsiones, entre las carcajadas y los aplausos de los pretendientes.

Ulises, sin mostrarse envanecido por su victoria, salió hasta la entrada de palacio y se sentó tranquilamente en el umbral, que era el sitio destinado a los mendigos. Allí uno de los pretendientes le fue a dar el trozo de carne asada y una copa de vino. Y Ulises le dijo:

—No existe en la tierra nada más vano y mudable que el hombre. Mientras los dioses le favorecen, cree que nada malo le puede ocurrir, y después, cuando llegan las horas tristes, no encuentra en su ánimo valor para afrontarlas.

Y dicho esto, empezó a comer silenciosamente.

Al llegar la noche algunas criadas de palacio entraron teas encendidas y las pusieron en los candelabros para alumbrar la sala, donde los pretendientes continuaban entregados a la diversión y al jolgorio. Después, mientras las criadas atizaban el fuego, Ulises se les acercó, y, fingiéndose sorprendido, les hizo una pregunta:

—¿Sois sirvientas de esos hombres o de la dueña de este palacio?

Ellas confesaron que eran sirvientas de Penélope, pero que los pretendientes les

daban dinero y por este dinero les servían.

—Pues yo pienso —les dijo Ulises— que mejor sería para vosotras que acompañarais en su retiro a vuestra verdadera dueña y que sólo a ella sirvierais. El fuego puedo atizarlo yo, puesto que lo sé hacer y, aunque los pretendientes se queden toda la noche, no me cansaré.

Las sirvientas se echaron a reír. Y una de ellas habló a Ulises con la más desvergonzada arrogancia.

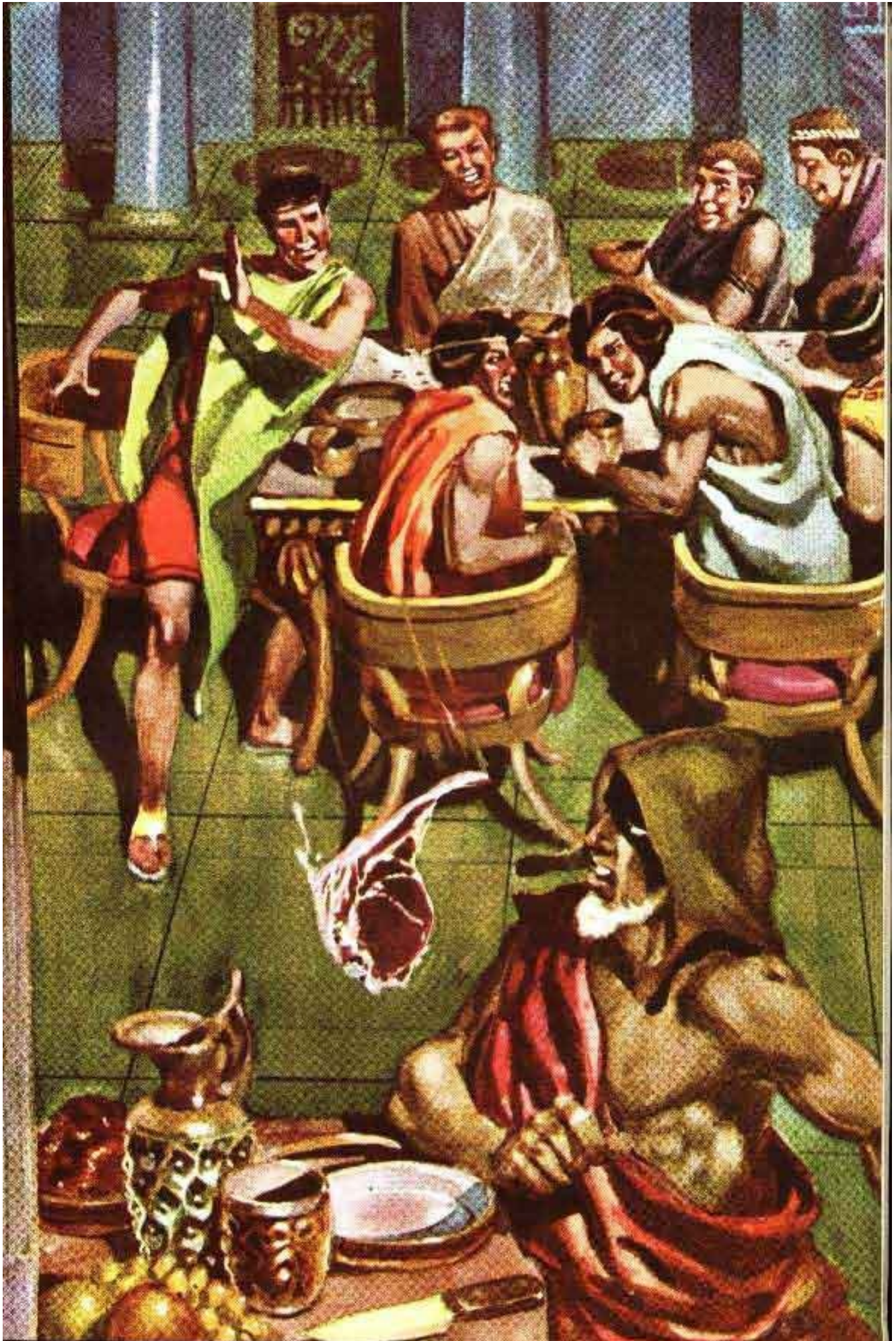
—Mendigo miserable —le dijo—, loco debes de estar cuando pretendes criticar nuestra conducta. ¿Quién eres tú para meterte en lo que no te importa? ¿Es que tal vez te ha subido a la cabeza tu victoria sobre el mendigo Iro? Andate con cuidado, pues cualquiera de los que están aquí puede echarte a patadas de la casa.

Ulises no pudo reprimir su enojo.

—¡No hables de este modo! —le gritó—. Voy a repetir tus palabras a Telémaco para que te mande azotar en seguida.

Las sirvientas, al oír esto, huyeron de la sala. Pero los pretendientes también lo habían oído y uno de ellos se encaró con Ulises y en tono de burla le dijo:

—Reconozco que un dios te ha mandado aquí como una antorcha viviente. Así veo brillar tu calva, que aparece desnuda sin un solo pelo. ¿Desde cuándo los mendigos se atreven a amenazar con castigos a las sirvientas de los príncipes?



Ulises, sin perder la calma, le replicó:

—Si estuviéramos en la guerra, verías cómo lucho en primera fila y como sé manejar el escudo y la lanza. Y entonces no te atreverías a burlarte de mí. Eres un insolente, que te crees poderoso porque nunca te has enfrentado con otro que de veras lo sea. Pero si algún día regresara Ulises, rey de Ítaca y dueño de este palacio, te veríamos correr huyendo como un conejo perseguido.

El pretendiente, encolerizado por las palabras de Ulises, le gritó:

—¡Miserable mendigo! ¡Viejo ridículo! Voy a darte ahora mismo la única paga que mereces.

Levantó uno de los taburetes donde se sentaban para comer y lo arrojó sobre Ulises. Pero Ulises lo vio venir y, en un movimiento rápido del cuerpo, lo pudo esquivar. El taburete le pasó por encima y fue a dar en uno de los criados que entraba en aquel momento en la estancia con una gran jarra llena de vino. El criado rodó por el suelo, la jarra se rompió y todo el vino quedó derramado. Uno de los pretendientes gritó a Ulises:

—¡Anda, mendigo, lame este vino si es que tienes sed!

Y dio un empujón a Ulises, como para hacerle caer sobre el vino derramado. Ulises habría podido mantenerse en equilibrio, pero fingió que no podía y se dejó caer sobre el vino. Después se levantó y sin ni sacudir el vino de la ropa se alejó en silencio y fue a sentarse otra vez en el umbral.

Los pretendientes se hicieron servir más vino y continuaron bebiendo mucho rato. Hasta que Telémaco, más seguro de sí ante la presencia de su padre, se atrevió a decirles:

—Ha oscurecido hace rato y creo que ya es hora de que os retiréis a vuestras casas.

Los pretendientes pasaban el día en el palacio y allí comían. Pero no se quedaban a dormir. Los de la ciudad tenían sus casas y los que habían venido de otras ciudades dormían en las mansiones de los que eran vecinos de Ítaca. Antinoo, que tenía a otros pretendientes alojados en su casa, les dijo a todos:

—Por esta vez, Telémaco tiene razón. Es hora de retirarnos a dormir. Y que el viejo mendigo duerma aquí, tumbado en el umbral. Éste es el sitio que le corresponde y no se lo podemos negar.

Todos se sometieron a las indicaciones de Antinoo y pronto fueron abandonando la estancia, a grupos, unos después de otros, hasta que quedaron solos, uno en la sala y el otro en el umbral, Ulises y su hijo Telémaco.

Penélope apareció entonces en la estancia. Telémaco, al ver a su madre, prefirió salir y dejó solos a Ulises y Penélope. La reina preguntó a Ulises si podía darle alguna noticia de su esposo a quien no veía desde hacía veinte años. El mendigo, o sea, el mismo Ulises, le dijo que sí y que una vez, años atrás, había hospedado en su casa, en Creta, a un extranjero que dijo ser Ulises.

No es de extrañar que Penélope no le reconociera, pues Ulises aparecía

envejecido por obra de la diosa Atenea, y vestido de andrajos. Y, además, hacía veinte años que Penélope no veía a su esposo. Preguntó cómo era el extranjero que decía ser Ulises, y el mendigo le describió con tanta exactitud, que Penélope quedó convencida de que decía verdad. Llamó entonces a una sirvienta y le dijo que entre todas lavasen los pies del viejo mendigo y le preparasen una cama caliente y mullida. Ulises no quiso aceptar ninguna de las dos cosas.

—Sólo si tuvieras una criada viejecita —dijo— que hubiese sufrido a lo largo de su vida tanto como yo, dejaría que ella me lavase los pies.

Penélope llamó entonces a la vieja nodriza Euriclea y le ordenó que lavara los pies al mendigo.

Euriclea exclamó:

—¡Tal vez ahora Ulises, nuestro rey y señor, tenga los pies y las manos como los tuyos! En la desgracia se envejece muy aprisa.

Miró con atención al mendigo y murmuró como para sí misma:

—Nos han visitado muchos extranjeros, pero no me había encontrado con ninguno que se pareciese tanto a Ulises como tú, por la figura y por la voz.

—Otros me han dicho lo mismo —le contestó Ulises, mientras la anciana vertía agua caliente en un barreño y se disponía a lavarle los pies.

Euriclea se puso a su trabajo. Observó que Ulises se tapaba la pierna, como con intención de ocultar algo. Y sin darle tiempo a evitarlo, se la destapó de un tirón. Y entonces vio la cicatriz que Ulises tenía sobre la rodilla, y que ella conocía muy bien, desde que un jabalí había hundido allí los dientes, durante una cacería. Euriclea se quedó sin respiración y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se abrazó al héroe y exclamó:

—¡Tú eres Ulises, hijo mío! Te he reconocido por esta inconfundible cicatriz.

Ulises le impuso silencio. Se dio a conocer del todo y se puso de acuerdo con ella para todo lo que ya estaba tramando en su interior y tenía que suceder al otro día.

Cuando Ulises abandonó su palacio para participar en la guerra contra los troyanos dejó en su habitación el famoso arco invencible, regalo de Eurito. Aunque en la guerra le habría servido de mucho tenerlo, lo dejó adrede, como para significar que su participación en aquella guerra era forzada y que había preferido quedarse en casa. Y el arco permaneció guardado durante los veinte años de la ausencia de Ulises.

Penélope, después de su conversación con el anciano mendigo, entró muy entristecida en su habitación. Y, entregada a sus recuerdos, abrió la caja donde guardaba todo lo que había pertenecido a Ulises, vestidos y alhajas de bronce y oro labrados. Y en el fondo de la caja encontró el arco y las flechas. A la vista del arco, inspirada por los dioses, pensó una nueva treta para evitar su matrimonio con uno de los pretendientes, que ya parecía cosa inevitable. Esperó que amaneciera el día siguiente y, cuando hubo amanecido, esperó que llegaran a palacio los pretendientes. Así que supo que ya estaban todos allí, llamó a dos sirvientas fieles y les ordenó que la siguieran llevando el arco. Y como entre las dos no lo pudieran levantar, tuvo que

llamar a otras dos y así entre cuatro, dos por un extremo y dos por el otro, pudieron transportar el pesado arco.

Así apareció ante los pretendientes, seguida de las cuatro sirvientas que llevaban el arco. Y así les habló:

—Oídmeme, pretendientes. Ya está decidido como lo haré para elegir a uno de vosotros. Éste es el arco de mi primer esposo Ulises. Aquel de vosotros que lo tienda con más ligereza y que consiga hacer pasar la flecha por el ojo de doce hachas puestas en hilera, será el elegido como esposo y reinará en Ítaca.

Telémaco, que lo había oído todo, salió al exterior y trazó un surco en el suelo. Clavó doce hachas en la tierra, una detrás de otra, apisonó la tierra removida y advirtió a los pretendientes que él sería el primero en probar. Y que si conseguía tensar el arco, y hacer pasar la flecha por los doce ojos de las hachas, impediría que su madre se casara con ninguno de ellos.

Habló con tanta decisión que ninguno de los pretendientes se atrevió a oponerse. Telémaco tomó el arco y una flecha y se situó frente a las hachas, en el umbral de la puerta. Allí estaba sentado Ulises y le miraba hacer. Telémaco intentó por tres veces tensar el arco y no lo consiguió. Le faltaba muy poco, pero cuando lo iba a intentar la cuarta vez, su padre le hizo una señal y Telémaco se dio por vencido. Y exclamó:

—¡Dioses inmortales! O soy un enclenque o soy demasiado joven y no puedo todavía sustituir a mi padre. Probad vosotros, pretendientes, que sois más fuertes que yo.

Los pretendientes se miraban atemorizados. Al ver que Telémaco no había podido tensar el arco, empezaban a desconfiar de ellos mismos. Pero Antinoo, satisfecho por el fracaso de Telémaco, les dijo:

—A empezar la prueba, amigos, uno después de otro. En el mismo orden tal como estáis ahora para que os sirvan el vino.

Señaló a uno de ellos:

—¡Tú el primero!

El señalado era uno que se llamaba Leodes, ni más ni menos fuerte que cualquiera de los otros. Leodes tomó el arco y trató de tensarlo. No lo consiguió la primera vez ni la segunda ni la tercera. Renunció a continuar probando y dejó el arco y la aljaba apoyados en una columna.

—Que lo haga otro —dijo—, yo no lo conseguiría. Y mucho me temo que ninguno de vosotros lo consiga. Antinoo, enardecido, le gritaba: —Porque tú no puedes, ¿crees que otros no podrán? Calentaremos el arco y lo engrasaremos y así la cosa será mucho más fácil.

Dio orden a los criados para que encendieran fuego y trajeran de la despensa buenos trozos de grasa. Entre todos pusieron el arco a calentar y lo engrasaron después.

Y ya con el arco engrasado, probó de tensarlo otro de los pretendientes y no lo consiguió. Y otro después y otro, y así fueron probando todos y ninguno consiguió

tensarlo. Ya sólo quedaban por probar el propio Antinoo y uno llamado Eurimaco, que eran los dos más fuertes entre todos los pretendientes.

Todos después de probar dejaban el arco apoyado en la columna. Ulises lo observaba desde su sitio, indeciso. Hasta que al fin, mientras Antinoo y Eurimaco discutían quién de los dos sería el primero en probar, se levantó, se acercó al arco, lo tomó en sus manos y lo examinó detenidamente. Temía que, con tantos años, el arco se hubiese oxidado y ya fuese imposible tensarlo. Vio que no, que el arco estaba en buenas condiciones. Uno de los pretendientes, al ver que Ulises observaba tan detenidamente el arco, dijo a los otros:

—Este hombre parece que entiende en arcos. ¿Habéis observado cómo lo examina?

Ulises no sólo lo examinaba, sino que en aquel momento lo había tomado y tenía el arco entre las manos. Antinoo le gritó:

—¡Eh! ¡Mendigo! Deja estar el arco, que esto no es cosa tuya.

Ulises, en vez de obedecer, probó a tensar el arco. Tiró de la cuerda, primero suavemente y después con fuerza, hasta dejarla tensa y el arco totalmente doblado. Soltó después la cuerda como para probar su elasticidad, y la cuerda, al volver de golpe a su sitio, vibró en un sonido fuerte y claro, como el gorjeo continuado de un ave salvaje.

Al ver aquello los pretendientes quedaron sobrecogidos y asustados.

Zeus, el padre de los dioses, que presenciaba la escena desde detrás de una nube, anunció, con el presagio de un trueno, acontecimientos felices. Y el trueno se quebró de pronto, como si los acontecimientos futuros no tuvieran que ser igualmente felices para todos.

Ulises tomó una flecha, la puso en su debido sitio, sostenida por la mano derecha, agarró fuerte el arco con la mano izquierda, lo tendió por segunda vez, apuntó sobre las hachas y disparó la flecha, que pasó por todos los doce agujeros, sin fallar una sola de las hachas. Y gritó a Telémaco:

—Ya ves como no he traído la vergüenza al palacio de tu padre, sino todo lo contrario.

Y a los pretendientes les gritó:

—Como veis, mi fuerza sigue sin desfallecer.

Y por mi fuerza me reconoceréis, va que no pudisteis reconocerme por mi aspecto. Yo soy Ulises, el rey de Ítaca, esposo de Penélope, y dueño de este palacio. Y si habéis venido todos en son de fiesta, yo os invito a la única fiesta en la que no habéis pensado jamás.



Hizo una señal a su hijo Telémaco y éste empuñó la espada y corrió a ponerse al lado de su padre.

La muerte de los pretendientes es el tema del canto veintidós de *La Odisea*. A lo largo del canto se explica aquel combate, que, en poco rato, acabó con los ochenta y un pretendientes.

Antinoo fue el primero en caer. Nunca había sospechado que el anciano mendigo manejara el arco con tanta destreza; el temor de la muerte no invadía su alma, y alzó una gran copa llena de vino y se dispuso a beberlo. Y fue entonces cuando le alcanzó la primera flecha de Ulises. Antinoo cayó fulminado.

Los pretendientes, al ver caer a Antinoo, recorrieron la estancia con los ojos en busca de armas con las que defenderse. Pero allí no había lanzas ni escudos y ellos se encontraron indefensos a merced de Ulises. Uno de ellos lanzó amenazas contra Ulises, sin querer reconocerle todavía.

—¡Extranjero! Acabas de inmolar a un héroe, el más ilustre de todos los jóvenes ciudadanos de Ítaca. Yo te aseguro que tendrás que responder por ello.

Ulises le contestó con un grito dirigido a todos ellos:

—Creíais que yo jamás regresaría a mi patria, y habéis asolado mi casa, habéis comprado a mis esclavas y habéis pretendido a la esposa de un héroe que todavía vive. Pues bien, ha llegado la hora de que rindáis cuentas por vuestros desmanes.

Eurímaco se encargó de dar contestación al héroe.

—El único responsable de cuanto ha ocurrido aquí en ausencia de Ulises es Antinoo, que ha muerto ya. Este hombre quería reinar en Ítaca y se había propuesto suprimir a Telémaco para conseguir su propósito. Yo te pido la paz en nombre de todos nosotros y te propongo una reparación de los daños causados, que consistirá en que cada uno te entregue veinte bueyes. Y en piezas de oro todo lo que pidas hasta que tu corazón quede satisfecho.

Ulises, lleno de indignación, le respondió:

—No admito ninguna compensación económica. Es demasiado tarde. Lo único que espero de vosotros es que demostréis el suficiente ánimo para aceptar el combate cara a cara, un combate sin tregua.

Eurímaco, al oír esto, empuñó la única espada que pudo encontrar, un arma de dos filos, y se arrojó, espada en alto, contra el héroe. Pero una flecha de Ulises le alcanzó y Eurímaco cayó al suelo.

Telémaco lanzó su dardo contra otro pretendiente que les atacaba y le venció. Pero los pretendientes eran muchos y ellos sólo eran dos. Y Telémaco dijo a su padre:

—Voy a buscar un escudo, más dardos y un casco de bronce. Y una armadura para mí. Y armaré también a Eumeo y a otro pastor que está con él.

—Apresúrate, pues —le dijo Ulises—, mientras les contengo con mis flechas.

Telémaco se escurrió hacia la puerta y corrió al aposento donde estaban guardadas las armas. Tomó cuatro escudos, tantos dardos como pudo transportar y cuatro cascos de bronce. Regresó al lado de su padre y le dio un casco, un escudo y

un montón de dardos. Armó también a los dos pastores y así ya eran cuatro hombres armados en la lucha con los pretendientes.

Mientras tuvo flechas, Ulises las fue disparando y ninguna vez falló el tiro. Siempre salió vencedor. Las flechas se agotaron al fin y entonces Ulises se armó de dos lanzas y se aprestó a seguir combatiendo con ellas.

Había una puerta secreta abierta en el grueso del muro. Ulises advirtió que alguien desaparecía por aquella puerta y ordenó a Eumeo que fuera a situarse allí para impedir que nadie abandonara la estancia. El que se había escabullido era un siervo llamado Melancio, muy conocedor del interior del palacio. Subió rápidamente a la habitación de Ulises, tomó doce escudos, doce lanzas y doce cascos de bronce y por otra puerta consiguió entregar todo el armamento a los pretendientes. Y volvió a escurrirse en busca de más armas.

Cuando Ulises vio que algunos de los pretendientes estaban armados, sintió que le desfallecían las rodillas y el corazón. Telémaco, que también se había dado cuenta, le dijo:

—La culpa es mía por haber dejado abierta la puerta de tu habitación.

Ulises dio entonces rápidas órdenes a Eumeo y al otro pastor.

—Corred vosotros a la habitación y castigad a este Melancio como merece. Atadle de pies y manos para que no pueda ayudar más a sus amigos. Entretanto Telémaco y yo contendremos a los pretendientes hasta vuestro regreso.

Los dos pastores se apresuraron a cumplir la orden. Subieron a la habitación y allí encontraron a Melancio que estaba buscando más armas, se le echaron encima, le inmovilizaron, y le ataron las manos y los pies. Y Eumeo, burlándose de él, le dijo:

—Ahora, Melancio, vas a pasar una noche feliz tendido sobre esta mullida cama. Y éste será el pago que recibirás por haber conducido las cabras de los rebaños de Ulises hasta aquí y haberlas ofrecido como manjar succulento a los pretendientes.

Y los dos pastores corrieron a continuar ayudando a Ulises y a Telémaco en su lucha contra los pretendientes. Muchos de ellos habían sido vencidos, pero aún quedaban algunos y todos muy bien armados. El más astuto de ellos les dijo a los otros:

—No arrojéis vuestras lanzas todos a la vez, sino de seis en seis, unos después de otros. Ésta será la única forma de vencer en tan inesperada lucha.

Ulises, al mismo tiempo, animaba a los suyos.

—Arrojad vuestros dardos uno a uno y esforzaos en no fallar ninguna vez el tiro. Sólo así podremos con todos ellos.

Así los fueron venciendo a todos, y cuando ya quedaban pocos, los cuatro a la vez se arrojaron sobre ellos. Cuando sólo quedaba uno, éste se arrojó a los pies de Ulises y le imploró así:

—¡Oh, Ulises! Reconozco tu valor y te ruego que me compadezcas y respetes mi miseria. Yo no he cometido aquí ningún ultraje y más de una vez traté de disuadir a los pretendientes. Yo no merezco la muerte.

Ulises se apresuró a responderle:

—Tú estabas aquí con ellos y deseabas, como lo deseaban todos, unirme a mi esposa. No esperabais mi regreso, claro está. Pero aquí estoy. ¡Sólo he defendido lo que es mío: mi esposa, mi hijo y mi hacienda! ¡Vete ya! Te perdono...

Ulises mandó llamar entonces a la vieja nodriza Euriclea y le dijo que le nombrara a las criadas que habían deshonrado la casa poniéndose al servicio de los pretendientes, y las que habían permanecido fieles, sirviendo únicamente a Penélope.

—En el palacio hay cincuenta sirvientas —le dijo la nodriza—. A todas les hemos enseñado a tejer, a peinar la lana y hacer los trabajos de la casa. Doce de ellas no quisieron obedecernos ni a mí ni a Penélope y se pusieron al servicio de los pretendientes.

—Mándame a las doce sirvientas infieles.

Euriclea obedeció y las criadas se presentaron temblando de miedo. Ulises ni tan siquiera les dirigió la palabra. Las señaló con el dedo y dijo a Telémaco y a los dos pastores:

—Haced que ellas limpien con esponjas los sillones, las mesas y toda la estancia. Cuando hayan terminado, conducidlas fuera y que vayan a servir a otros señores, si es que encuentran alguno que las acoja. Éste es el castigo que merecen por haberse vendido a los pretendientes.

Ellas gritaban y lloraban pidiendo perdón; pero Ulises, sin dejarse conmover, hizo que se cumplieran sus órdenes. Y las doce criadas tuvieron que limpiarlo todo y luego dejar la casa en busca de un nuevo dueño.



Por fin Ulises ordenó a Euriclea que trajera en una sartén carbones encendidos con azufre encima y con el humo del azufre hizo purificar todas las estancias del palacio donde habían estado los pretendientes e incluso las habitaciones donde habían dormido las criadas infieles.

Euriclea ofreció ropas nuevas y limpias a Ulises y el héroe las rechazó diciendo que todavía no había llegado la hora, pero que lo tuviera todo preparado.

Y entonces Euriclea, sin decir a donde iba, subió la escalera de la casa, hacia las habitaciones de Penélope.

Euriclea, al entrar en la habitación, gritaba:

—¡Hija mía! ¡Ulises está en casa! Y ha vencido a todos los pretendientes.

Penélope, sin dar crédito a lo que oía, bajó aprisa las escaleras. Entró en la estancia inferior y allí vio al anciano mendigo que se había sentado junto al fuego del hogar y se calentaba los pies.

—¡Éste es Ulises! —le gritó Euriclea que había entrado detrás de ella.

Penélope pensó que Euriclea le engañaba o que había enloquecido. Y sin ni acercarse al anciano mendigo, volvió a subir a su habitación. Ulises dijo entonces a Telémaco lo que tenía que hacer:

—Ahora tú, los pastores y cuantas personas hay en la casa, os tomáis un baño y os embellecéis lo mejor posible. Que las doncellas se pongan sus mejores vestidos y que los rapsodas entonen cánticos alegres. Así los habitantes de la ciudad pensarán que en palacio la fiesta continúa y no se divulgará la derrota de los pretendientes hasta que nosotros nos hayamos refugiado en mis posesiones del campo. Después, confío en que los dioses nos inspiren lo que se tenga que hacer.

Pronto resonaron en la casa los acordes de la cítara, los cantos y los bailes. Y las gentes que pasaban por la calle se decían: «Esto significa que Penélope ha vuelto a casarse y lo están celebrando». Y algunos murmuraban: «Mejor le hubiese ido esperar a que volviera el marido de su juventud».

Ulises, entretanto, se bañó, se perfumó y vistió las ropas limpias que le había preparado la nodriza. Y mientras lo hacía, la diosa Atenea le devolvió toda la antigua belleza. Y al salir del baño, el héroe, más que un mortal, parecía un dios. Y entonces se sentó junto al fuego del hogar y rogó a Euriclea que fuese a decir a Penélope que el verdadero Ulises la estaba aguardando.

Penélope acudió en seguida y al verle le reconoció. Pero antes quiso probarle, para evitar caer en el engaño de algún forastero disfrazado. Fingió que no conocía a Ulises y dio una orden a Euriclea.

—Este forastero —dijo— dormirá aquí. Y le cederé la cama donde dormía mi esposo ausente. Pero no en mi habitación. De manera que sube tú a la habitación con algunas sirvientas, sacad de la habitación la cama que fue de Ulises y cubridla con pieles, mantas y tapices.

Ulises comprendió en seguida que Penélope decía aquello para probarle. Ella sabía y también lo sabía Ulises que la cama del héroe no podía sacarse de la

habitación. Era una antigua historia, de cuando Ulises y Penélope se casaron, veinte años atrás. Fue entonces cuando edificaron el palacio. Pero en el centro del solar había un olivo erguido como una antigua columna de madera. Ulises mandó construir el palacio de tal manera, que el olivo quedara dentro de la habitación matrimonial. Cuando la obra estuvo terminada, él mismo desmochó el olivo, cortó las ramas y talló y pulió con sus propias manos el tronco que había quedado en el centro de la habitación. Y de aquel tronco hizo el pie de la cama. Y así la cama quedó incrustada en el tronco, de tal forma que ningún ser humano era capaz de moverla.

Ulises, al escuchar la orden, se levantó, detuvo a Euriclea y dijo a Penélope:

—Tú sabes muy bien, lo mismo que lo sé yo, que esta orden no puede cumplirse. Que mi cama no se puede mover y que yo mismo hice el pie del tronco de un viejo olivo que emergía en el centro de la habitación.

Penélope, ya convencida, entrecortada la voz, decía:

—¡Oh, Ulises! No me reproches por no haber caído en tus brazos desde el primer momento. Mi corazón sucumbía a la angustia de que algún astuto impostor pudiera engañarme. Pero ahora que me has dicho lo que ningún mortal ha sabido jamás, aparte tú y yo, ya nada temo y sólo te ruego que quieras recibirme en tus brazos.

Y entonces Ulises, estremecido por una nueva alegría, enturbiada únicamente por el miedo de lo que pudiera ocurrir después, cuando lo sucedido fuese descubierto, recibió en sus brazos a la fiel Penélope, y así, sin soltarla, la condujo a la habitación donde hacía veinte años que no había dormido.

A la mañana siguiente, Ulises, Telémaco, Eumeo y el otro pastor se alejaron de la ciudad tan pronto como vieron amanecer. Ignoraban cuál sería la reacción de los ciudadanos y preferían no quedarse en palacio. Después de unas horas de marcha llegaron a la granja donde vivía Laertes, el anciano padre de Ulises, con su mayordomo Dolio, los hijos del mayordomo y los sirvientes que trabajaban en el campo.

En la casa no encontraron a nadie. Ulises dejó allí a sus tres acompañantes. Les dijo:

—Quiero ir yo solo al campo, donde mi padre está trabajando, y le someteré a prueba para ver si me reconoce. No tardaremos en venir los dos y celebraremos el encuentro con una alegre comida.

Ulises llegó a las plantaciones de su padre. Buscó primero al mayordomo Dolio y no le encontró. Tampoco a ninguno de los hijos del mayordomo. Al fin, en un huerto de frutales, encontró a su padre, ocupado en plantar un árbol. El anciano aparecía como uno de tantos trabajadores; vestía una túnica sucia y remendada y llevaba la cabeza cubierta con una gorra de piel de cabra.

Ulises tuvo que contenerse para no correr a arrojarle en brazos de su padre y decirle de una vez que era su hijo. Pero con el miedo de que la explosión de alegría pudiese perjudicar la salud del viejo, le habló primero como si no le conociera.

—¡Oh anciano! Habilidad no te falta para cultivar este huerto, pues en él se halla

todo lo necesario y cada planta está cuidada con esmero. Pero voy a decirte otra cosa y espero que no vas a irritarte por ello: ojalá tuvieses de ti mismo un cuidado tan extremo como lo tienes de las plantas, pues además de pesar tan fuertemente sobre tus hombros la vejez, te abruman unos andrajos y una fea suciedad que hacen de ti penosa figura. ¿Por qué te hallas así, noble anciano?

Ea, dime: ¿de quién eres siervo? ¿A quién pertenece el huerto que con tanto afán cultivas? En mi tierra hospedé en otra época a un hombre que llegó a nuestro palacio, y jamás ninguno de cuantos se hospedan en mi morada me ha sido más agradable. Decía ser hijo de Ítaca, procedente del linaje de Laertes Arcesíada. Le llevé a mi mansión y le di hospitalidad y le traté como a un amigo íntimo o como a un hijo. Luego le hice los presentes que merecía hacer a una persona de su estirpe. Le di siete talentos de oro, una argentea crátera floreada, doce mantos sencillos, dos tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas. Y por si fuera poco le obsequié con cuatro esclavas, muy hábiles en realizar primorosas labores.

El anciano Laertes le respondió:

—¡Oh forastero! En verdad te encuentras en la tierra de Ítaca, pero la tienen sojuzgada unos seres insolentes y desalmados. Si encontrases vivo a ese hombre de Ítaca, te atendería debidamente y correspondería con largueza a tus cuidados con nuevos dones y amable hospitalidad. Pero dime: ¿cuántos años hace que acogiste a ese huésped, que es mi hijo infortunado? Pues lo más seguro es que se lo comieran los peces. Pero dime también quién eres y cuál es tu país. ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿Dónde has dejado el bajel que te ha traído acá?

El ingenioso Ulises respondió así a las preguntas de Laertes.

—Yo nací en Alibante, y soy hijo del rey Afidante Polipemónida. Mi nombre es Empérito. Y me temo que alguna deidad me habrá apartado malévolamente de mi camino, que es Sicania, para hacerme pisar esa desconocida tierra, muy a pesar mío. Mi nave se halla cerca del campo, y no lejos de la población. Cinco años hace que Ulises se fue de allá y dejó mi palacio. ¡Ah desdichado! Cuando partió volaban a su derecha propicias aves.

Éstas fueron sus palabras. Una nube de hondo pesar envolvió al anciano Laertes, y tomando ceniza la puso suspirando sobre su cabeza. Ulises se conmovió al verle, y no pudiendo soportar por más tiempo aquella ficción dio un rápido paso y se abrazó a su padre, a quien besó en la cabeza.

—¡Oh padre! —exclamó—. Soy yo, tu hijo por quien preguntas, que ha vuelto al cabo de veinte años de prolongada y dura ausencia. Cesa ya en tu llanto, y contén tus lágrimas y sollozos. Y puesto que el tiempo nos apremia, quiero hacerte saber que he dado muerte a los pretendientes que ultrajaron mi palacio.

El anciano Laertes le respondió:

—Si en verdad eres mi hijo Ulises, enséñame alguna prueba para que me cerciore.

—Ante todo mira la cicatriz que en el Parnaso me hizo un jabalí —le respondió Ulises— cuando tú y mi madre me enviasteis a Autólico, mi caro abuelo paterno. Y si

no te basta esto te enumeraré los árboles de este huerto que una vez me regalaste. Fueron trece perales, diez manzanos y cuarenta higueras, y además me ofreciste cincuenta liños de cepas, y cada uno de ellos daba fruto en distintas estaciones, pues hay en este huerto racimos de uvas de diferentes clases.

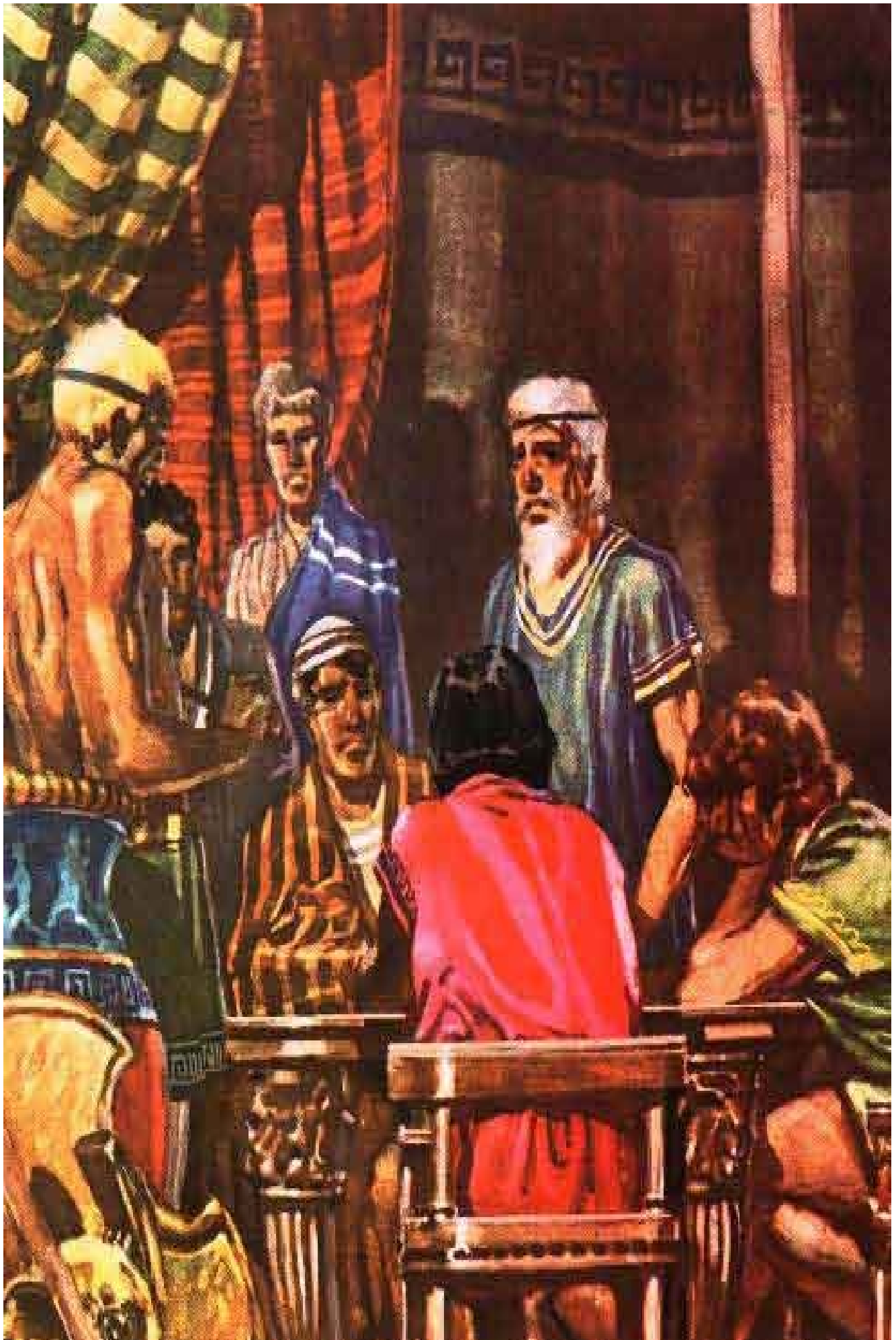
Al oírle, Laertes sentía cada vez una emoción más honda y más íntima, pues reconocía en estas señales a su hijo querido, ausente durante veinte largos años. Sin esperar a más abrazó a su hijo. El anciano casi perdía el aliento, y cuando volvió a respirar le dijo:

—¡Oh padre Zeus, que permanecesen el Olimpo, junto a los demás dioses! Los pretendientes han recibido justo castigo a manos de mi hijo, pero ahora mi corazón se angustia y temo que todos los itacenses se reúnan y envíen emisarios a todas las ciudades de los cefalenos.

El ingenioso Ulises le replicó:

—No te desalientes por esos peligros y vayamos presto, que aguarda mi hijo Telémaco y el boyero y ellos nos prepararán la comida.

Y los dos se dirigieron a la casa, en la que encontraron a Telémaco, al porquerizo y al boyero. Los tres estaban muy atareados cortando carne y mezclando el negro vino.



La esclava siciliana lavó al anciano Laertes y le ungió con aceite; después le puso sobre los hombros un hermoso manto. Entonces Atenea, deseosa de mejorar el aspecto del padre de Ulises, se acercó a aquél y envolviéndole con su divinal encanto le acrecentó y embelleció los músculos. Así cuando Laertes salió del baño, Ulises le contempló sorprendido y regocijado, por lo que le dijo:

—¡Oh padre querido! No cabe duda que alguno de los dioses ha intervenido.

Cuando los preparativos del banquete estuvieron listos, se sentaron todos por orden. En cuanto empezaron a probar la comida llegó el anciano Dolio con sus hijos. Así que vieron al divinal Ulises y le reconocieron se detuvieron boquiabiertos. Y el héroe, al ver su sorpresa, les halagó con gratas palabras:

—¡Oh anciano Dolio! Sal de tu asombro y ven a mí; siéntate con nosotros, pues hace rato que te aguardamos y viendo tu tardanza nos hemos puesto a comer estos manjares.

Dolio se arrojó en los brazos de Ulises. Luego le tomó la mano y se la cubrió de besos, diciéndole:

—¡Amigo! Ya íbamos perdiendo la esperanza de volver a verte.

El ingenioso Ulises le respondió:

—¡Anciano! Puesto que ya lo sabes no hay necesidad de mandar un mensajero para decírtelo. Siéntate.

Dolio obedeció. Y los hijos de éste se fueron sentando a su lado, pasando antes a saludar a Ulises, lo que hacían tomándole las manos.

Entretanto en la ciudad de Ítaca se había propalado la noticia de la derrota de los pretendientes. Todo eran gritos y amenazas. Los familiares de los vencidos acudieron al palacio de Ulises, y se llevaron a los pretendientes para dáiles digna sepultura. De las comitivas fúnebres salían gritos de dolor y de indignación. El padre de Antinoo, que era el más joven y el más aguerrido de los pretendientes, reunió al pueblo y le habló así:

—Ulises ha sido para nosotros un mensajero de calamidades. Hace veinte años se llevó nuestros barcos y a nuestros hombres y ni los barcos ni los hombres han regresado. Ha vuelto él solo y ha sacrificado a la juventud más noble de nuestra raza. Nuestro deber de buenos ciudadanos es perseguirle y capturarlo antes de que huya. ¡Ojalá yo muera lo antes posible y así me juntaré al hijo que este hombre me ha arrebatado!

Ante tales cosas, todo el pueblo se puso de parte del padre de Antinoo. Pero otro buen ciudadano se levantó y les habló así:

—Yo puedo aseguraros, hombres de Ítaca, que Ulises hizo con los pretendientes lo que debía hacer y que lo hizo bajo la protección de los dioses.

Y dirigiéndose al padre de Antinoo le apostrofó así:

—Vosotros sois los culpables de todo lo ocurrido. ¿Por qué dejasteis que vuestros altaneros hijos devoraran la hacienda de Ulises ausente y tuvieran tantas exigencias con su esposa, como si él nunca tuviera que volver? Si ahora le perseguís, con la ira

de los dioses caerá la desgracia sobre vosotros.

Mientras esto decía muchos de los hombres se habían puesto a las órdenes del padre de Antinoo, todos armados, y salían hacia el campo en busca de Ulises y Laertes.

Entretanto, Atenea le dijo a su padre Zeus Cronida:

—¡Oh padre, Cronida, el más alto de cuantos imperan en los cielos! ¿Permitirás esa guerra fratricida?

Zeus, el que amontona las nubes, le respondió:

—¡Oh hija! ¿Por qué has de preguntarme todas estas cosas? Tú misma has dado lugar a todo eso al ayudar a Ulises. Haz ahora lo que más te apetezca, pero si lo deseas yo te aconsejaré qué es lo mejor: puesto que ya ha vencido Ulises, que se celebren sacrificios y que los dos bandos se presten promesa de recíproca y eterna fidelidad. Que Ulises reine siempre en Ítaca, y que los demás olviden la derrota de sus hijos y hermanos.

Así que Ulises y los suyos se saciaron de comer y beber, el divinal Ulises les dijo:

—Conviene que alguno de vosotros salga a observar si algún aqueo viene a atacarnos.

Al instante salió uno de los hijos de Dolio, y al ver muy cerca a muchos itacenses armados pronunció estas palabras:

—¡Armémonos en seguida, que están muy cerca!

Se levantaron todos y tomaron las armaduras. Entonces Ulises, encabezando el grupo, abrió la puerta y salieron de la casa.

Atenea, que había tomado la figura y la voz de Méntor, se acercó a ellos. Ulises se regocijó al ver la deidad y dijo a su hijo:

—¡Telémaco! Ya que vamos al combate donde destacan los más eximios varones, procura no mancillar el linaje de tus progenitores. Tu padre y tu abuelo han descollado entre todos.

El prudente Telémaco le respondió:

—Tú mismo verás, padre, que no afrentaré tu linaje, sino al contrario.

El anciano Laertes se alegró al oírles y pronunció así estas palabras:

—¡Qué día tan señalado es para mí el de hoy! ¡Oh reverenciados y sempiternos dioses! ¡Mi hijo y mi nieto quieren competir en valentía!

Se detuvo ante ellos Atenea, la deidad de ojos de lechuza, y exclamó:

—¡Oh Arcesíada, mi amigo querido! Eleva tus ruegos a la hija de Zeus, y lánzate a la lucha.

Con estas palabras le infundió un gran valor. Ulises arrojó su lanza contra Eupites. El anciano se desplomó al suelo y al punto descendió al Hades. Entretanto, el Laertíada y su hijo se arrojaron sobre los enemigos que huían despavoridos. Y a todos ellos hubiera vencido si no llega a hablar con fuerte voz la diosa Atenea:

—¡Itacenses! ¡Suspended ya el combate, a fin de que os separéis sin derramar más sangre!

Al oír a la diosa el temor se apoderó de todos y dejaron caer las armas al suelo. Los itacenses, deseosos de conservar sus vidas, optaron por regresar a la ciudad. Mas Ulises aún se lanzó en persecución de los itacenses; y no se hubiera detenido, pero Zeus despidió un rayo mortífero que se elevó ante la diosa. Y ésta díjole a Ulises:

—¡Oh Ulises, fecundo en ardidés! ¡Laertiáda del linaje de Zeus! Detente ya y haz que concluya de una vez este combate, tan funesto para ti y los tuyos como para ellos, o de otro modo Zeus te enviaría un castigo.

Ulises, interiormente regocijado, obedeció a la diosa. La misma Palas Atenea intervino para que ambos bandos se juraran paz y reconciliación para siempre.

- el matrimonio, nuevamente reunido, vivió largos años de paz y bienestar. Y así se cumplió la profecía de Tiresias, hasta que muy ancianos los dos, la muerte, una muerte dulce y apacible, vino a llevárselos.

Nombres mitológicos

Afrodita. Diosa del Amor, de la Confraternidad, de la Primavera y de la Vegetación. Nació de la espuma del mar y fue esposa de Hefesto.

Agamenón. Rey de Micenas y de Argos, hijo de Atreo y esposo de Clitemnestra. Elegido caudillo de los griegos sitiadores de Troya no vaciló en sacrificar a la diosa Diana a su propia hija, Ifigenia, en pro del triunfo de la empresa. Al llegar a Argos fue asesinado por Egisto.

Apolo. Hijo de Júpiter y de Latona y hermano de Diana. Dios del Sol, de la Música, de la Medicina, de los Augurios y de las Artes. Su templo de Delfos era el más hermoso y el más renombrado; allí acudía todo el mundo a consultar al oráculo, y en sus cercanías se celebraban los juegos píticos. **Aquiles.** El más célebre y valeroso de los héroes griegos. Hijo de Peleo, rey de los mirmidones, y de Tetis, diosa del mar. Según la fábula, su madre le sumergió en la laguna Estigia, para hacerle invulnerable, sosteniéndole asido por el talón, y así ésta fue la única parte de su cuerpo en que pudo ser herido. Paris le mató en el sitio de Troya. **Artemis.** Divinidad griega de la caza, hija de Zeus y de Leto y hermana de Apolo. Su atribución más antigua, la de reina de los animales y de los bosques, es probablemente de origen prehelénico. Inaccesible al amor era considerada como protectora de la castidad. **Atenea.** Diosa griega del pensamiento, símbolo del progreso intelectual, hija de Zeus. Protectora de los aqueos; suele presentársela también como protectora de Ulises en particular.

Calipso. Ninfa de la isla mitológica de Ogigia, que acogió a Ulises después de su naufragio y le retuvo por espacio de siete años. A pesar de su promesa de convertirle en un ser inmortal no consiguió que Ulises olvidara a su esposa y a su patria. **Circe.** Maga o hechicera que habitaba en la isla de Ea, hija de Helios (el Sol) y de Perseo.

Diomedes. Hijo de Tideo, rey de Eolia. Fue el héroe más valeroso, después de Aquiles, en el sitio de Troya. Luchando con Eneas, hirió en las tinieblas a Venus, que acudía a proteger a su hijo envolviéndole en una nube.

Euriclea. Esclava de Laertes y fiel nodriza de Ulises. Primera en reconocerle cuando éste retorna a su palacio. **Filoctetes.** Hijo de Poeas, rey de Melibea, en la costa este de la Tesalia. Amigo de Hércules, participó con siete naves en la contienda troyana.

Hades. Para los griegos antiguos este nombre designaba a la vez el dios del reino de los muertos y, por extensión, el reino mismo. El dios Hades era considerado como soberano de todas las riquezas del subsuelo, y, a causa de esto, llamado

posteriormente Plutón.

Hefesto. Dios del fuego y de los metales, hijo de Zeus y de Hera. Forjó, de un modo magistral, armas y armaduras para diversos dioses y héroes: el tridente de Poseidón, la armadura de Aquiles, etc. **Helena.** Sacerdotisa de Diana y hermana de Cástor y Pólux y de Clitemnestra. Era hija de Zeus y de Leda. Casó con Menelao. Hecha prisionera por Paris y conducida a Troya, fue la infausta causa de la guerra y destrucción de esta ciudad.

Hermes. Dios de la elocuencia y del comercio, hijo de Zeus y de la ninfa Maya; mensajero de los dioses y patrón de los viajeros. Es uno de los doce grandes dioses de la mitología griega.

Laertes. Padre de Ulises. Al regresar éste a su patria, después de veinte años de ausencia, Laertes aún vivía. La escena de la entrevista de ambos es uno de los más bellos capítulos de *La Odisea*.

Menelao. Rey de Esparta, hijo de Atreo y hermano de Agamenón. Casó con Helena, hija de Tíndaro, y sucedió a éste como rey de Esparta. El rapto de su esposa determinó la guerra de Troya.

Musa. Cualquiera de las divinidades griegas que, presididas por Apolo, habitaban en el Parnaso y protegían las ciencias y las artes liberales. Hijas de Zeus y de Menemósine. **Neoptólemo.** Uno de los nombres de Pirro, hijo de Aquiles y de Deidamia. Se distinguió por su gran valor.

Ninfas. Entre los antiguos, divinidades secundarias de la naturaleza. Consideradas como hijas de Zeus, animaban la naturaleza en todas sus manifestaciones.

Patroclo. Héroe griego, hijo de Menecio, rey de los lorences. Fue amigo de Aquiles y le acompañó a la guerra de Troya. Vestido con las armas de éste, derrotó a los troyanos. **Penélope.** Hija de Icario y de Peribea de Esparta, esposa de Ulises, rey de Ítaca, y madre de Telémaco.

Polifemo. Uno de los cíclopes de Sicilia, hijo de Neptuno y de la ninfa Toasa. **Poseidón.** Dios del mar, de la navegación y de las tempestades. Hijo de Cronos y de Rea y hermano de Zeus.

Príamo. Último rey de Troya, hijo de Laomedonte y padre de Héctor, de Paris y Casandra.

Sirena. Cualquiera de las ninfas marinas, que se representaban con busto de

mujer y cuerpo de pez, que atraían a los navegantes con la dulzura de sus cantos. **Tántalo.** Hijo de Zeus y padre de Niobe, Pélope y Broteas. Fue castigado a permanecer en medio de un río cuyas aguas retrocedían cuando quería beber, y debajo de unos árboles frutales cuyas ramas se levantaban al intentar agarrar sus frutos.

Telémaco. Hijo de Ulises y de Penélope. Era aún un niño cuando su padre partió hacia Troya. Casó con Circe después de la muerte de Ulises.

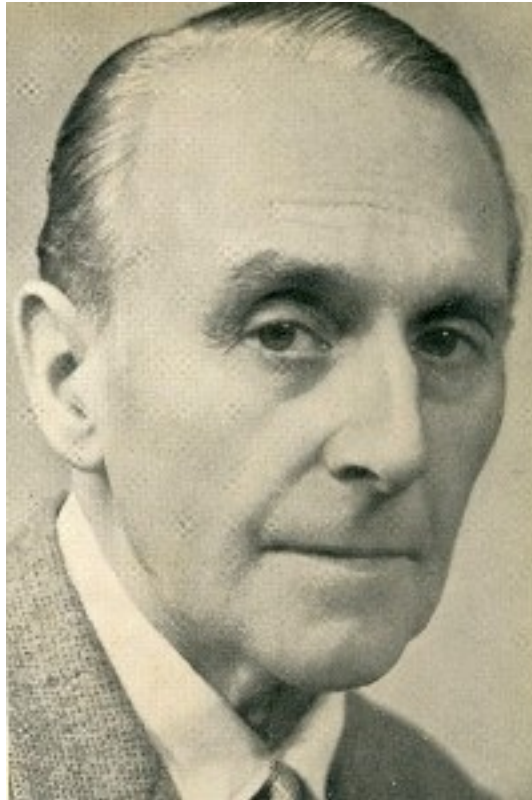
Troya. Ciudad del Asia Menor, situada al norte del monte Ida y cerca de la costa del mar Egeo. También se llama Ilion.

Ulises. Hijo de Laertes y de Anticlea. Rey de Ítaca. Esposo de Penélope y padre de Telémaco.

Zeus. Dios supremo entre los griegos, padre de los dioses y de los hombres y señor absoluto del universo. La naturaleza y todos sus fenómenos le estaban sometidos. Ningún dios podía medirse con él.

Nota final

En esta obra, nuestros jóvenes lectores deben ante todo tener en cuenta que es el relato de la vida de Ulises, inspirado en *La Ilíada*, *La Odisea* y otras obras clásicas de la antigüedad. Los conceptos y las circunstancias vertidos en la obra están en función de aquella época remota, en la que, aun advirtiéndose sentimientos nobles y estados de ánimo de moralidad indiscutible, predominaba la ley del más fuerte, la crueldad y el odio. Además, imperaba la esclavitud y el derecho a convertir los prisioneros en esclavos. Podemos decir que estábamos entonces en la protohistoria, en la niñez del hombre, acuciado por peligros desconocidos y víctima de la superstición y de la ignorancia. Todo este conjunto de dioses, magas o hechiceras, cíclopes y sirenas constituyen una fábula mitológica, que el arte, la literatura y la poética han transmitido a través de las generaciones. Ficción, irrealidad, mito... Y en esta captación de valores la leyenda ofrece su justa dimensión para los que lean *Las aventuras de Ulises*.



NOEL CLARASÓ I SERRAT (Barcelona, 3 de diciembre de 1899 – 18 de enero de 1985)¹ fue un escritor español de variados registros y guionista de cine y televisión. Fue hijo del escultor Enric Clarasó i Daudí. En 1938 obtuvo el premio «Crexells» con la novela *Francis de Cer*, que quedó inédita.

Escribió libros de jardinería, novela psicológica, cuento policíaco y cuento de terror y libros de autoayuda. Debe su fama, sin embargo, al humorismo, que cultivó extensamente, y a las innumerables y sabrosas citas literarias que se le atribuyen y pueblan todos los diccionarios de frases célebres.

En el tercer tomo de la *Antología de cuentos de terror*, a cargo de Rafael Llopis (Alianza Editorial, 1982) se recoge su relato «El jardín del Montarto».

Ejerció también como traductor. Entre otras, tradujo del francés en 1963 la novela *Buenos días, tristeza*, de Françoise Sagan, para Círculo de Lectores.

En 1954 realizó en colaboración con José María Forqué los guiones y diálogos para dos de las películas del último: *El diablo toca la flauta* y *Un día perdido*. También de Noel Clarasó es el guion de la serie *Hermenegildo Pérez, para servirle*, interpretada por Carlos Larrañaga y emitida en 1966 por TVE.